

SOBRE EL CALCOLÍTICO IBÉRICO. EL CIERVO COMO BARCA CELESTE

On the Iberian Chalcolithic. The Deer as a Sky Boat

José Luis ESCACENA CARRASCO y Miguel FLORES DELGADO

Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Geografía e Historia. Univ. de Sevilla. C/ Doña María de Padilla, s/n. 41004 Sevilla. Correo-e: escacena@us.es; miguel_fd_97@hotmail.com. ID ORCID: <http://orcid.org/0000-0003-4935-9308>; <http://orcid.org/0000-0002-2018-5626>

Recepción: 22/02/2022; Revisión: 26/10/2022; Aceptación: 14/11/2022

RESUMEN: Durante el III milenio a. C. la Península Ibérica conoció una especial proliferación iconográfica del ciervo, en escenas que muchas veces cuentan con imágenes solares. Esta asociación abunda sobre todo en la pintura rupestre esquemática, pero también se ha encontrado como decoración incisa en recipientes de cerámica campaniforme. En diversas ocasiones los animales cuentan con más de cuatro extremidades, que serían las esperables si las representaciones plasmaran la realidad. Por ello podríamos estar ante barcas astrales que dispusieran de una cabeza de ciervo en la proa, mientras que sus múltiples patas aludirían a los remos.

El registro arqueológico indica, además, que las cuernas de ciervo fueron muy populares entre los ajueres funerarios. En este caso no pueden considerarse la evidencia de alimentos para el difunto, pues muchas de ellas son astas de desmogue. Este dato sugiere que pudieron ser parte de embarcaciones hechas con materiales perecederos que llevaran cuernas como mascarón, si es que no estamos ante simples sinécdoques de naves psicopompas.

Palabras clave: embarcaciones sagradas; Edad del Cobre; Península Ibérica; arqueología simbólica; creencias funerarias; astronomía cultural; cosmología prehistórica.

ABSTRACT: During the third millennium BC the Iberian Peninsula encountered a significant proliferation of deer iconography, in scenes that many times have solar images. This association is abundant especially in parietal art, but it has also been found as a decoration carved in bell beaker pottery. On various occasions the animals have more than four limbs, which would be expected if the representations were to depict the reality. So, we could be before astral vessels that were prepared with the head of a deer on the bow, while their multiple legs allude to the oars.

The archeological record indicates, what's more, that deer antlers were very popular among grave goods. In this case, they cannot be considered evidence of food for the deceased, since many of them are antlers that had been shed. This data suggests that they could have been part of vessels made of perishable materials that had antlers as a figurehead, if we are not contemplating simple synecdoches of psychopomp vessels.

Key words: Sacred Boats; Copper Age; Iberian Peninsula; Symbolic Archaeology; Funerary Beliefs; Cultural Astronomy; Prehistoric Cosmology.

1. El referente ideológico

Durante la Antigüedad estuvo muy extendida la idea de que la Tierra era un cuerpo estático que ocupaba el centro del cosmos. Esta concepción del mundo tiene muchas posibilidades de ser una herencia prehistórica también bastante común. Para la Península Ibérica se conoce una significativa documentación gráfica que refuerza esta línea de partida. Sin embargo, ciertas discontinuidades en la ocupación del territorio y en la secuencia cultural, motivadas a veces por algunos despoblamientos y/o sustituciones démicas, aconsejan reconocer hiatos o rupturas en esta cadena de pensamiento, vacíos que eran colmatados posteriormente por cosmovisiones de gente nueva que casi nunca contaban con universos mentales muy diferentes de los anteriores. Los drásticos cambios acaecidos en diversas regiones hispanas durante el II milenio a. C. y la posterior irrupción del mundo colonial fenicio en amplias zonas del mediodía ibérico representan un ejemplo claro de esta situación. El *Evento Climático 4.4 ka cal BP* fue quizá una de las causas principales de estos cortes en la transmisión cultural, pero el colapso que este profundo fenómeno de aridez generalizada produjo en las sociedades calcolíticas no afecta especialmente a la propuesta que desarrollamos en este artículo, que solo incumbe a la mentalidad de las comunidades precedentes¹.

¹ Hemos elaborado el presente trabajo en el marco del Grupo *Tellus* (HUM-949 del Plan Andaluz de Investigación, Desarrollo e Innovación). Agradecemos a H. Collado Giraldo la foto y el calco de la pintura de la barca solar de El Paraíso. Igualmente, este reconocimiento de gratitud lo hacemos extensivo a Á. Gómez Peña, por sugerirnos algunas indicaciones sobre las figuras, y a R. Martínez Sánchez por cedernos la foto de la tumba de La Arruzafa y permitirnos publicarla. Por la intermediación de J. F. Jordán Montes, M. Á. Mateo Saura nos ha proporcionado el calco de la pintura de Tinada del Ciervo, por lo que quedamos agradecidos a ambos investigadores. Por la fotografía del Vaso de los Soles estamos en deuda con su autora, M. Vencesla, y con R. Sanz Gamio por concedernos el permiso para su publicación. A nuestro colega J. Beltrán Fortes le debemos la fotografía sobre la que hemos elaborado la imagen del barco de bronce de Cerdeña.

En relación con la mayor parte del III milenio a. C., casi todos los rincones de la Península Ibérica muestran una documentación arqueológica que habla de una cosmología unitaria en sus rasgos fundamentales. Ello sugiere que estamos ante un pensamiento homólogo, es decir, ante un mundo mental compartido entre los distintos grupos humanos por tratarse de un legado ideológico heredado desde situaciones ancestrales muy arcaicas, posiblemente superopaleolíticas dada la vasta extensión mundial de estas concepciones cósmicas. Desde la explicación darwinista de tal estado de cosas, reconocer tales similitudes como una homología resulta más parsimonioso que aceptarlas como analogías.

Según esta visión ancestral del universo, casi todos los objetos brillantes del cielo orbitarían a nuestro alrededor. Pero a la concepción arcaica de esos cuerpos no podríamos adjudicarle nuestra actual definición de astro, porque originalmente se concibieron en realidad como dioses. Cuando se estudiaban, los especialistas en esa materia estaban haciendo teología, no astrofísica. La humanidad primitiva desconocía por completo que el Sol es un enorme reactor nuclear de hidrógeno y helio. Fue el griego Anaxágoras quien en el s. V a. C. lo desacralizó por vez primera cuando lo redujo a una gran roca en llamas (Schneider y Sagan, 2005: 29). Los fenicios lo denominaron ‘fuego del cielo’ (Aubert, 1994: 140), términos con un significado parecido al que usaron los antiguos egipcios: ‘divino ojo de fuego’ (Lull, 2004: 170). Este último nombre incluye una afirmación explícita a su carácter divino, entendido como dios ardiente que lo ve todo porque su luz llega a cualquier rincón del mundo. Por tanto, su divinidad puede entenderse aquí como su propia naturaleza ontológica. En absoluto como un calificativo que solo lo aproxima a la sustancia de la trascendencia. Por eso, para esta mentalidad ancestral es perfectamente aplicable la ecuación Sol = Dios, de donde Dios = Sol. Por ello, siendo hoy correcto el uso de la voz ‘ambas’ para referirnos a estas dos palabras, no lo sería para aquella época si viéramos la fórmula como una equivalencia formada por dos conceptos diferentes o por dos entidades distintas. En este contexto mental, se entiende que diversos

sistemas gráficos orientales eligieran la figura de un asterisco para escribir la palabra ‘dios’ (Azara, 2010: 47-54), y que las invocaciones a las divinidades se materializaran en ocasiones con iconos astrales (Kragh, 2008: fig. 1, n.º 2).

Actualmente los conocimientos arcaicos del cielo originan entre el gran público un hechizo especial. Dicha seducción cuenta como problema de base con un error muy extendido en casi toda la población, incluida en este caso la académica. En este sentido, suele ser común la idea de que los especialistas en este tema correspondientes a tiempos preclásicos se dedicaban a la ciencia de la astronomía. Esto solo sería verdad si la afirmación constituyera un análisis *etic* del asunto. Pero, en atención a la igualdad recién propuesta entre divinidad y astro, desde el enfoque *emic* deberíamos operar con la idea de que el clero de la época encargado de tal misión se dedicaba en realidad al oficio de la teología. Si estudiaban los rasgos y los desplazamientos de los cuerpos celestes era para profundizar en el conocimiento de los dioses, exclusivamente. De esta forma, el lector de estos párrafos podrá entender acertadamente ‘dios supremo’ cada que vea aquí escrita la palabra ‘Sol’ y viceversa. De la misma forma, podrá asumir una equivalencia más genérica entre los conceptos contenidos en las voces ‘astro’ y ‘divinidad’. Y tendrá que interiorizar casi subliminalmente que aluden a la misma equivalencia tratamientos como Señor, Dueño, Altísimo, Luz del Mundo, Rey del Cielo, Viviente, Todopoderoso, Auriga de las Nubes, etc.

Tanto la tradición religiosa del País del Nilo como la cananea valoraron en el Sol dos caracteres principales: su capacidad calorífica y su potencial lumínico. Se reconocieron así la competencia de nuestra estrella para originar vida y para mantenerla, pues ambas propiedades son imprescindibles para cualquiera de los procesos biológicos conocidos entonces. Esas dos energías representaban la esencia misma del Sol. El oro, siempre incorrupto y resplandeciente, se convirtió de esta forma en la misma carne de las deidades, exclusivo de ellas y, por extensión, de la monarquía sagrada. Con la referencia al dios solar como el Altísimo –o el Excelso– no se quería significar ningún posible gigantismo del ente

sagrado, por más que la variable representada por el tamaño físico se usara en el arte para destacar su importancia. Era por el contrario una mención directa a su lugar físico en el firmamento entonces conocido. Solo subsidiariamente este calificativo convertido en sustantivo podía mostrar también su destacada escala jerárquica en el panteón. Como consecuencia de todo este razonamiento, hoy podemos reconocer que las sociedades mediterráneas arcaicas –entendemos por tales desde las neolíticas hasta las preclásicas– estudiaron el cielo con la intención de incrementar sus saberes teológicos y siendo conscientes de que justamente era eso lo que hacían, aunque ahora reconozcamos que tales conocimientos constituyeron el comienzo de nuestra actual astronomía. Esta perspectiva dual, que acepta las visiones *emic* y *etic* de la antropología cultural como explicaciones complementarias y no excluyentes de una misma realidad objeto de análisis, permite barajar con cierta soltura mucha información contenida en la iconografía religiosa de esas épocas.

En las situaciones históricas politeístas fueron aceptados como divinidades principales, además del Sol, los cinco planetas conocidos entonces: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. La Tierra no se tenía por tal. A este grupo algunas teologías añadieron la Luna. Por sumar siete en este caso, esta cifra llegó a representar para muchas culturas el número más sagrado, símbolo de totalidad y de perfección. Para entrar en este selecto club era indispensable que poseyeran luz y que se desplazaran resueltamente sobre el fondo de la bóveda celeste, poblado por millares de pequeños cuerpos luminosos menos móviles. Ambos rasgos garantizaban su condición de entidades vivas, es decir, que no eran elementos inertes. Al desconocerse entonces que los cinco planetas citados no generan luz propia, sino que solo reflejan la solar, solo la Luna no ascendió al Olimpo de ciertas sociedades. De hecho, los eclipses de Sol demostraban claramente que no creaba por sí misma esa energía vital. Posiblemente fue esta la situación del Calcolítico ibérico, para el que no se conocen representaciones de nuestro satélite en las composiciones alusivas a la totalidad de la bóveda celeste (Fig. 1). En cualquier caso, a veces también

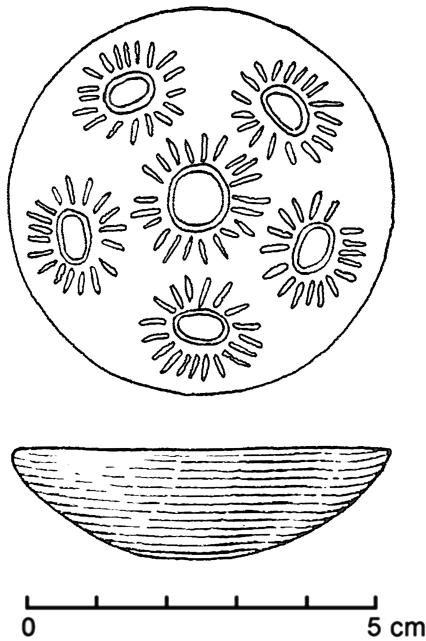


FIG. 1. Cuenco procedente de Los Millares en el que se representa el Sol, en el centro, rodeado por los cinco planetas que se conocían en el Calcolítico: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno (según Leisner y Leisner, 1943; lám. 13, 20a).

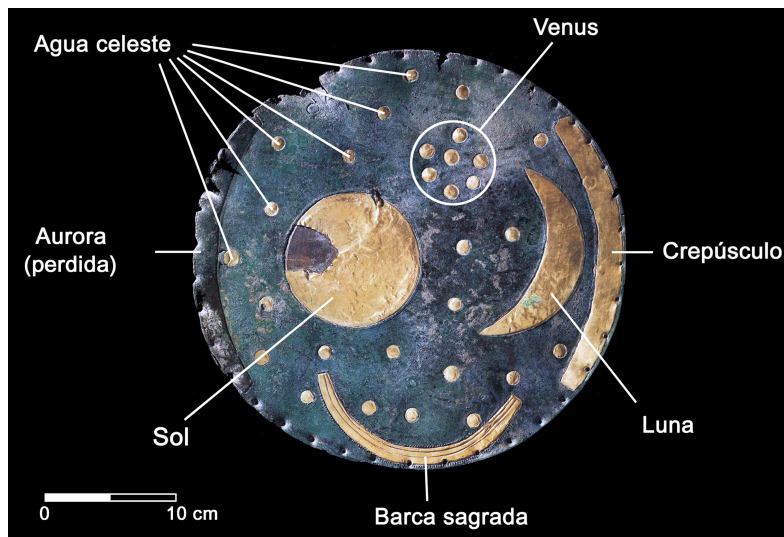


FIG. 2. Lectura del Disco de Nebra como representación de la bóveda celeste. La hipótesis tradicional interpreta como las Pléyades la agrupación de puntos que aquí consideramos alusiva a Venus, como estrellas del fondo cósmico todos los demás circulillos y como arcos de la declinación solar lo que podrían ser simples imágenes de la aurora y el crepúsculo. Esta nueva propuesta coloca el N en la parte inferior de la escena.

se creyeron entes divinos algunos fenómenos celestes que hoy no calificaríamos propiamente como cuerpos materiales, aunque las leyes físicas sean necesarias para que se originen y para captarlos. Así, y por el mero hecho de proceder del cielo, en algunas situaciones llegó a divinizarse el agua de lluvia, considerada la misma que lubricaba los planos orbitales por los que se desplazaban los dioses cotidianamente. También recibieron la misma consideración sagrada los resplandores dorados del alba y del atardecer, personalizados en ambos casos por su tonalidad amarillenta-rojiza. En el disco celeste de Nebra estos dos reflejos de la luz solar se representaron como arcos de oro sobre las líneas matutina y vespertina del horizonte (Fig. 2). En la Ugarit del II milenio a. C. recibieron los nombres cananeos de *Shahar*, la aurora, y *Shalim*, el crepúsculo (González Wagner, 2001: 27).

Los presupuestos descritos hasta ahora sobre la cosmología prehistórica facilitan el acceso a una ingente información plástica contenida en el arte parietal y mueble de la Península Ibérica fechado en la Edad del Cobre, y en la que conforma todo el registro funerario hasta ahora conocido. Esta documentación está aún poco explorada desde la perspectiva aquí propuesta, por lo que el presente artículo debe entenderse como la simple intención de abrir nuevos caminos de estudio sobre el tema, sin que sus conclusiones pretendan dejar nada cerrado. Todos esos datos arqueológicos suministran información suficiente para empezar a proponer y valorar hipótesis interpretativas con las que incrementar nuestro actual conocimiento del universo mental calcolítico, profundizando en este caso en la idea de que el acceso a un paraíso eterno del ser humano tras la muerte llevaba a un mundo celestial en el que los desplazamientos debían hacerse necesariamente en una embarcación, la misma que los dioses necesitaban para desenvolverse en

ese medio. Por eso la barca sagrada era a la vez divina y humana, gloriosa y funeraria.

Diversas culturas arcaicas del Mediterráneo compartían la idea de que al mundo ordenado precedió un caos primordial que dio comienzo al tiempo. En esa edad prístina prevalecían las aguas iniciales fusionadas de manera confusa y yerma con la materia sólida. Así lo cuentan las escrituras sagradas hebreas (Génesis 1, 6-7), que coinciden en sus fundamentos con lo que se pensaba en Egipto (Lull, 2004: 19-38). En este contexto, la labor del demiurgo consistió sobre todo en ordenar ese

panorama anárquico, estableciendo normas para regularlo y hacerlo productivo. De esta forma, el principio lo marca la separación de la humedad en dos bloques: las aguas terrestres y las celestes. Según ese mismo texto bíblico, el numen que dio lugar al mundo también habría separado la tierra seca de las aguas terrenales. El resultado era la formación de un escenario simple pero bien regulado que permitía seguir con la labor creadora, colocando en su lugar cada cosa nacida de esa voluntad divina. El origen del cosmos se interpretaba a la vez como un surgimiento a partir de la nada y como una ordenación de elementos que antes se disponían sin concierto alguno. Fue esta obra la condición que habría permitido la existencia de leyes que regirían en el futuro los cielos, las tierras y sus criaturas. Considerado todo ello el firmamento, la parte superior del mismo se concibió como una bóveda semiesférica por las que se movían los cuerpos cósmicos. Esa cúpula se divinizó también entre los egipcios, que la llamaron *Nut* (Allen, 2015: 1474). La forma arqueada que siempre caracteriza su iconografía antropomorfa representa la propia curvatura del techo del mundo, soporte de los navíos que permitían a todos los dioses del panteón faraónico discurrir por los caminos uranios. En la tradición bíblica, esa cubierta celeste es “sólida como espejo de metal fundido” (Job 37, 18). Como de vez en cuando llueve, aquel mundo

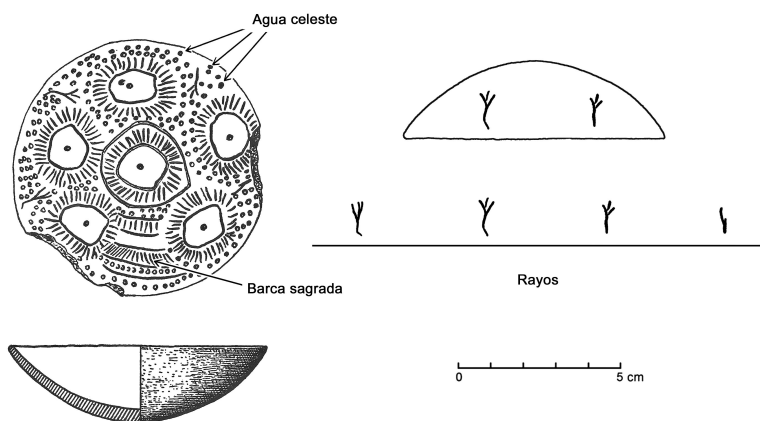


FIG. 3. Cuenco de la colección Siret procedente de la Sepultura 17 de Los Millares. A dcha., interpretación a partir de la imagen publicada por Almagro y Arribas (1963: lám. XVI). El Sol aparece, de nuevo, rodeado por los cinco planetas conocidos antes de la invención del telescopio.

sostuvo que esa bóveda disponía de una superficie líquida, y que era la divinidad más alta de la jerarquía del panteón quien poseía la llave que controlaba las precipitaciones. Por ello, al Sol se le dio culto también como dios de la tormenta, de la tempestad y del rayo, elemento este último con el que se le representó frecuentemente y que era su arma más poderosa y castigadora (Fig. 3). La mera contemplación de la bóveda del firmamento demostraba a aquellas mentes que los cuerpos luminosos que la pueblan la surcaban por senderos, tiempos y ciclos diferentes, componiendo entre todas esas singladuras una maraña de rutas que demostraría el diseño cóncavo de los cielos. Como en la época casi nadie dominaba la natación, tampoco esta destreza se les reconocía a los dioses. En consecuencia, para sus desplazamientos cada divinidad habría necesitado su propia embarcación. En algunas partes del Viejo Mundo, el océano sideral estaba compuesto por unas aguas divinas que se consideraron elixir eterno originado a partir de un soma perpetuo y destinado a proporcionar humedad a toda la naturaleza, incluidos en ella los campos cultivados (Rappenglück, 2014: 298). La iconografía sobre este navío sagrado es fecunda a lo largo y ancho de la cuenca mediterránea, la que ahora más nos importa; pero su presencia cultural alcanza niveles globales. Su existencia en la América prehispánica sugiere que

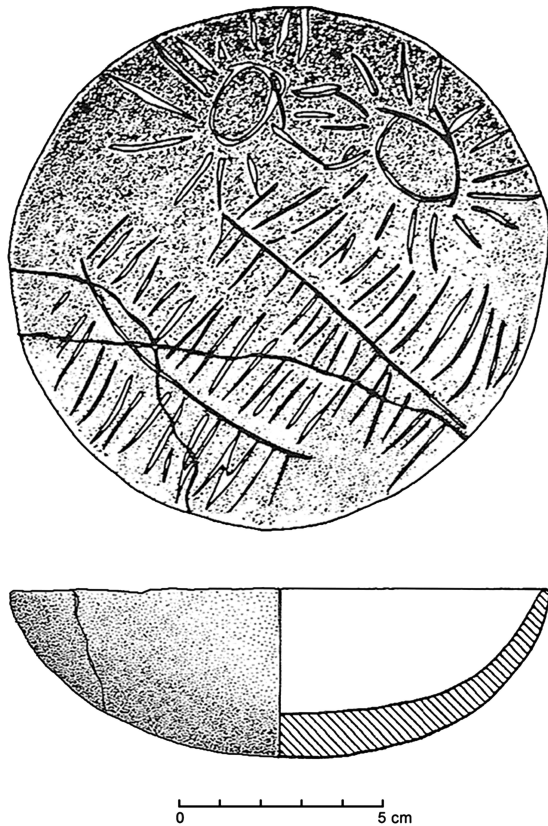


FIG. 4. *Cuenco de la Sepultura 15 de Los Millares (según Martín y Cálmalich, 1982: fig. 5, pieza d). Pueden estar representadas dos divinidades uranias con sus respectivas barcas; otra posibilidad es que estemos solamente ante el Sol en sus navegaciones nocturna y diurna.*

estamos de nuevo ante una homología evolutiva del universo mental de *Homo sapiens*, y que se trata por tanto de una creencia extendida casi mundialmente durante los últimos tiempos paleolíticos. En cualquier caso, para reconocer su abundancia en el arte ibérico de la Edad del Cobre ha sido necesario releer muchas de sus expresiones esquemáticas, porque en ellas los signos que contienen esa carga simbólica alcanzaron un altísimo grado de abstracción (Fig. 4). Esto ha permitido interpretar como imágenes de embarcaciones grafismos que tradicionalmente se han descrito como ramiformes o como pectiniformes. En el primer caso se trataría de vistas cenitales y en el segundo de perspectivas laterales, pero en las

dos modalidades el cuerpo del barco se representaba con una sola línea y los remos con conjuntos de trazos paralelos que surgen de ella. Si esta interpretación logra abrirse paso, la pintura rupestre calcolítica permitirá ir precisando en el futuro muchos más detalles de esta cosmología, sobre todo porque los paneles rocosos que acogieron toda esta escenografía muestran abundantes figuras antropomorfas con atuendos y rasgos que se repiten con insistencia y que parecen hablar de temas bien consolidados y bastante estandarizados en las tradiciones culturales de la época. El hallazgo en el parque de Monfragüe de una pintura esquemática donde aparece claramente una barca cósmica, dotada en este caso de su correspondiente tripulación, revela que en Occidente pudieron estar bien definidos los remeros de la divinidad solar, que aparece como esteliforme sobre la escena (Fig. 5). Estaríamos así ante una teología de complejidad similar a la conocida para las civilizaciones coetáneas del próximo Oriente y Egipto, aunque estas den la apariencia de estar más elaboradas por el simple hecho de que muchos de sus pormenores se detallaron en sus escrituras. Si los atuendos de tales personajes sagrados respondían de forma precisa a sus respectivas identidades, podremos sin duda comenzar a identificarlos en otras composiciones artísticas donde aparecen peor conservados o en contextos más difíciles de interpretar. Entre esas figuras antropomorfas aparece una tocada con cuernos de ciervo, lo que garantiza que este animal ejerció en la mentalidad religiosa calcolítica un papel importante. En cualquier caso, con esta última afirmación no descubrimos nada nuevo.

2. Embarcaciones teriomorfas

Las imágenes de las barcas sagradas protohistóricas de la Península Ibérica exhiben de forma explícita muchos de los detalles que los creyentes de la época necesitaban para entender correctamente el mensaje simbólico que contenían. En este sentido, el denominado 'Bronce Carriazo' representa una de las piezas que más atendió este requisito. En él Astarté se muestra sobre su nave cósmica, de la

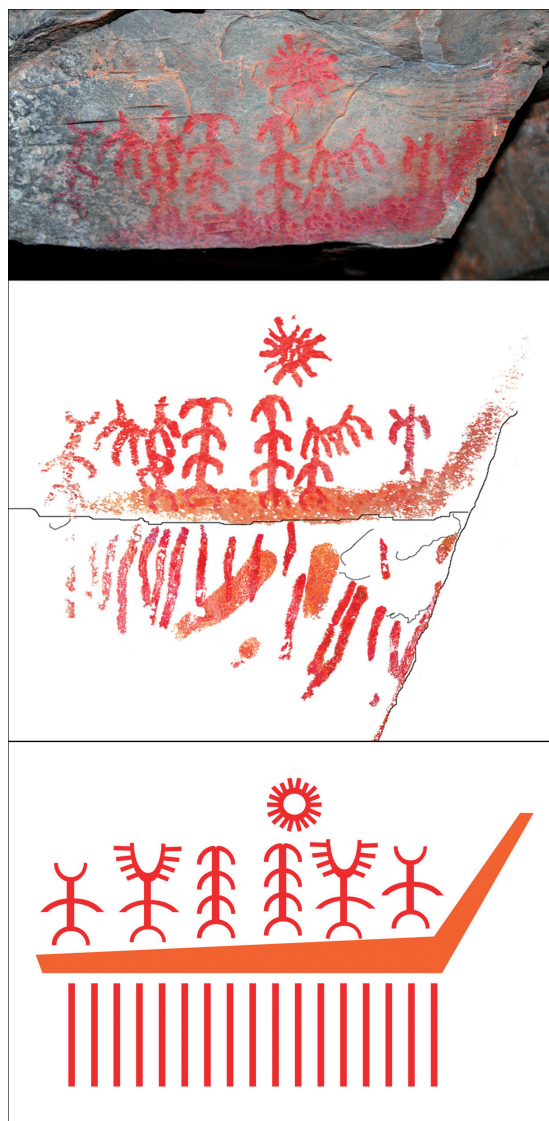


FIG. 5. Barca solar en pintura rupestre de El Paraíso, Parque de Monfragüe, Cáceres (fotografía y calco de H. Collado Giraldo, con croquis interpretativo nuestro en la parte inferior). Al aprovechar para la quilla de la embarcación una arista de la roca, los remos se representaron en la parte inferior del panel, que se aleja del espectador en ángulo de 90° y, por esta razón, no salen en la fotografía.

que ahora conviene resaltar los ánades que muestra la embarcación en sus extremos de proa y popa. En esta época esas aves habían alcanzado un alto significado psicopompo, entre otras cosas porque desde



Fig. 6. Barca egipcia con sendas cabezas de caprino en la proa y en la popa; pieza de alabastro del ajuar funerario de Tutankamón (según http://www.globalegyptianmuseum.org/large.aspx?img=images/EMC/2763_800x800.jpg).

el Mediterráneo se desplazaban anualmente hacia el norte. Era en esas latitudes septentrionales del cielo donde el mundo egipcio colocó el paraíso que debían alcanzar los difuntos. En ese sector de la bóveda celeste residían de hecho las ‘estrellas imperecederas’, aquellas que nunca se ocultan a diario bajo el horizonte oeste por estar junto a nuestra Polaris (Belmonte, 2012: 21). El barco del Carambolo, fabricado en cerámica y procedente de un contexto sacro, así como una pieza de oro de Serradilla, entre otras muchas, forman también parte de un fecundo corpus de representaciones donde la barca sagrada disponía de cabezas de animales en la proa y en la popa como mascarones (Escacena y Gómez Peña, 2022). Esta norma estaba bastante extendida en el Mediterráneo oriental, donde existen ejemplares procedentes de contextos funerarios mucho más antiguos (Fig. 6). Por estos paralelos, y sobre todo por las similitudes cosmológicas entre Oriente y Occidente anteriormente analizadas, nuestra hipótesis defiende que en la Iberia calcolítica se conocían

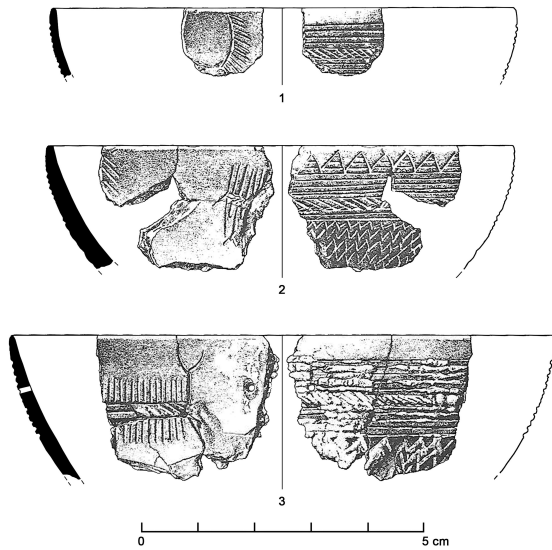


FIG. 7. Cuencos campaniformes de Los Millares con decoración simbólica interior (según Arribas y Molina, 1987: fig. 3). Representación de barcas solares, la inferior con cuernos de toro en la proa.

ya barcos que contaban con estas representaciones teriomorfas. El ejemplo más elocuente es quizá el motivo inciso plasmado en un cuenco de cerámica campaniforme procedente de Los Millares, que luce claramente una cabeza de toro en la proa. Pero son evidencias también bastante precisas las pinturas rupestres de Laja Alta, en Jimena de la Frontera (Cádiz), recientemente asignadas al Neolítico Final/Calcolítico (Morgado *et al.*, 2018: fig. 6) y que incluyen navíos dotados de grandes cuernos de cabra en su parte frontal². Aunque el recipiente

² La dilatada polémica sobre la cronología de estas pinturas y de los barcos representados se debe, entre otras razones, a las discrepancias sobre qué extremos de estos corresponden a la proa y cuáles a la popa. Si los elementos pareados y curvados hacia el interior de la nave fueran cuernos de caprinos, estaríamos ante proas dotadas de mascarones teriomorfos; sin embargo, en estas partes curvas otros autores han reconocido popas con rasgos medievales. El reciente trabajo de Gomar (2021) se centra casi con exclusividad en el estudio de las embarcaciones, sin llegar a interpretar otras figuras del panel claramente prehistóricas y que podrían tener una estrecha relación con el tema naval si todo el conjunto aludiera a barcas sagradas y/o funerarias.



FIG. 8. Panel rocoso con pintura rupestre esquemática de Monfragüe, Cáceres (fotografía de H. Collado Giraldo). La escena representaría una barca celeste en vista cenital navegando por un mar de puntos (el agua cósmica). El mascarón de proa, en la parte superior, parece aludir a la cabeza de una cabra, con dos cuernos que giran hacia la nave.

de Los Millares no se halló entero, otros ejemplares de este mismo enclave o de otros yacimientos almerienses pueden servir para completar su significado concreto. De hecho, varios trozos de escudillas similares conservan diversas partes de navíos con remos, pero en este caso junto a esteliformes que asoman por el borde del cuenco, como si representaran al Sol en su orto o en su ocaso (Fig. 7). En la pintura rupestre coetánea tampoco faltan imágenes de navíos que llevan cuernos frontales. Un ejemplo donde el esquematismo y la abstracción alcanzan un alto grado aparece en un panel extremeño en el que el barco navega sobre un mar de puntos, una asociación que vimos más atrás en el Disco de Nebra. Esas nubes de pequeños círculos constituyen una de las formas de representar el agua cósmica, porque imitan la tendencia esférica de las gotas de lluvia (Fig. 8). Un complemento importante a este tema

procede del registro funerario. Como trataremos más extensamente este aspecto en el presente artículo, de momento nos fijaremos solo en unas cuantas piezas de cerámica halladas en tumbas, alguna con indiscutible diseño naviforme y otras que podemos interpretar ahora hipotéticamente como embarcaciones. El primer ejemplar que citaremos no cuenta precisamente con ese mascarón de proa con forma de cabeza de animal, pero se trata evidentemente de un pequeño bote con popa y proa apuntadas. Procede de una inhumación cordobesa hallada en la Cueva de los Cuarenta (Vera, 2014: 109). Formaba parte del ajuar de la sepultura, datada en la Edad del Cobre (Fig. 9). Otros ejemplares sí cuentan con cabezas de animales que desempeñarían en la proa función de *akrotérion*. Esta voz corresponde al nombre griego antiguo de ese elemento identitario de la nave, en concreto al que tenía forma de cabeza de animal, mientras que el término *akrostólion*, en parte sinónimo, sería más genérico (Luzón, 1988), pues se trataría de una referencia menos concreta al espolón delantero (Guerrero, 1998: 86). Dentro

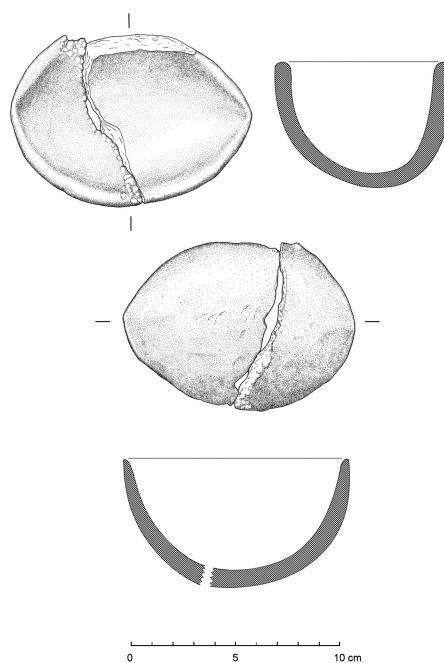


FIG. 9. Navecilla fabricada en cerámica procedente de una sepultura calcolítica de la Cueva de los Cuarenta, Córdoba (según Vera, 2014: conjunto 11, pieza 18).

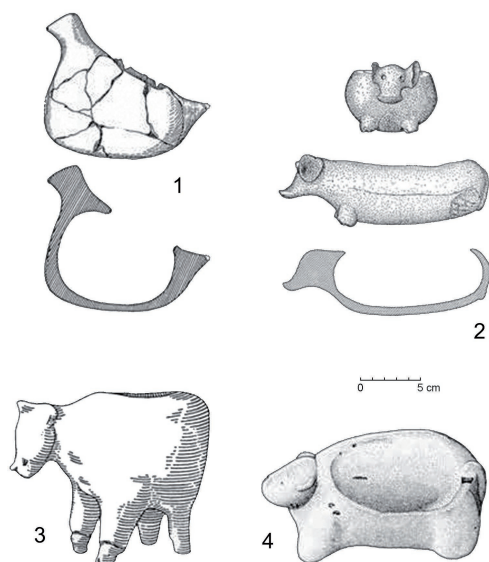


FIG. 10. Figurillas zoomorfas calcolíticas de la Península Ibérica procedentes de: 1) tholos de La Zarcita 1; 2) cueva de Carvalhal; 3) tholos de Sabina; 4) Olelas; 5) Valencina de la Concepción (a partir de Valera et al., 2014: figs. 7-8). La de Olelas es de piedra, el resto de cerámica. El hecho de que se concibieran como elementos de carga –ninguna es maciza– sugiere que podrían representar embarcaciones con prótomos teriomorfos en su proa.

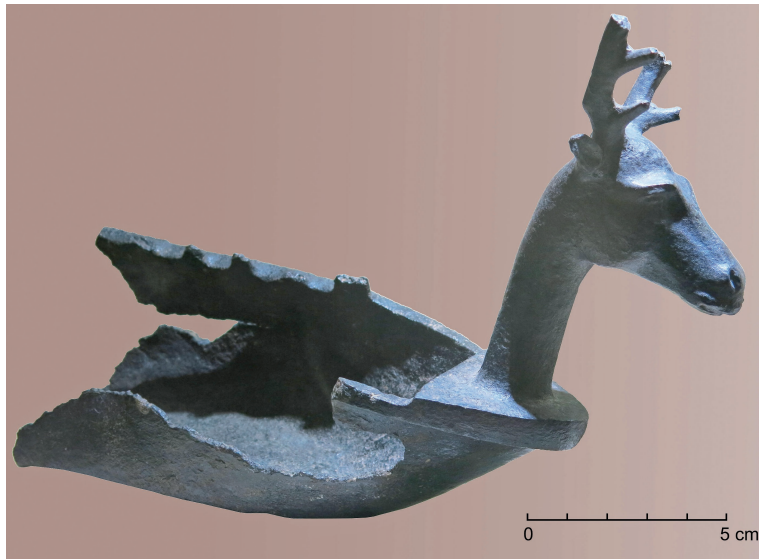


FIG. 11. Barco metálico votivo con prótomo de ciervo; Edad del Bronce; Cerdeña (a partir de fotografía cedida por J. Beltrán Fortes).

de un conjunto más vasto de figurillas de animales, las piezas de este tipo halladas en el sur de España y Portugal han sido compiladas y reinterpretadas hace aproximadamente una década por Valera *et*

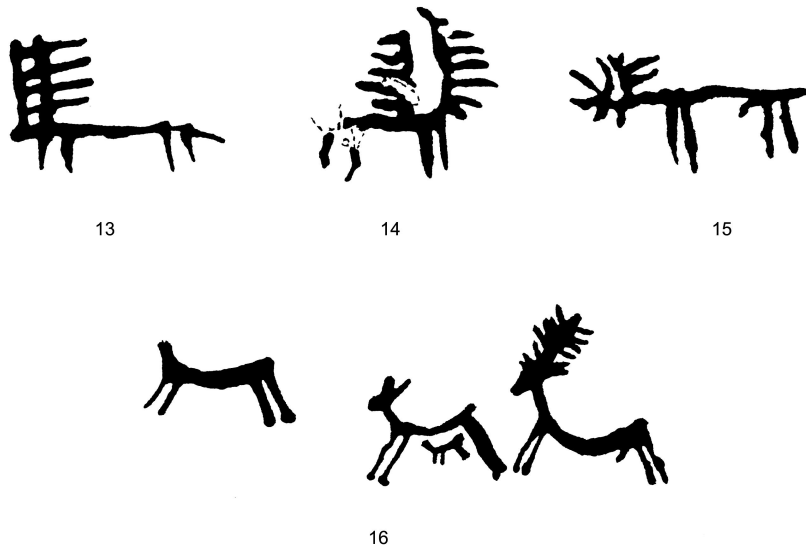


FIG. 12. Pintura rupestre esquemática de Sierra Morena: arriba) ciervos parados; abajo) corriendo; sin escala en el original. Los números respetan los de la publicación de procedencia (Caballero, 1983: lám. 13). Para indicar que los animales se desplazan a la carrera no se necesitaba dotarlos de más de cuatro patas.

al. (2014: 34), quienes han valorado en ellas nuevos aspectos sociales y simbólicos no considerados con anterioridad, sin que entre ellos figure su lectura como posibles embarcaciones, que es nuestra (Fig. 10). Los autores de este análisis sostienen que, por tratarse de vasijas, podrían contener sustancias capaces de transportar la mente a situaciones especiales, posibilidad que nosotros no rechazamos porque la función de las embarcaciones en las sepulturas era precisamente su uso como vehículo psicopompo, un significado que el ciervo pudo tener en la Península Ibérica desde tiempos precalcolíticos (Jordán, 2018). Todas las piezas de este tipo con contextos arqueológicos bien conocidos proceden de ambientes mortuorios. Pero este hecho no

excluye la posibilidad de que existieran intentos de experimentar en vida el viaje al más allá mediante el consumo de bebidas alucinógenas, función que se ha defendido al buscarse una utilidad concreta

a la cerámica simbólica neolítica y calcolítica (Garrido y Muñoz, 2000; Delibes y Guerra, 2004: 121-122; Gavilán y Mas, 2006). Como estas vasijas teriomorfas pueden tener el fondo curvo en recuerdo de su carácter naval, suelen llevar patas para poderlas estabilizar.

Aunque corresponden a momentos algo más tardíos que los que aquí nos importan, no podemos olvidar la presencia en el mundo sardo del II milenio a. C. de pequeñas maquetas navales, de uso ritual y fabricadas en bronce, con rodas rematadas por cabezas de animales, las más frecuentes de caballos, jabalíes, toros, aves y, por supuesto, ciervos (Fig. 11). Tomando la parte por

el todo, en las embarcaciones reales de la época, toros y ciervos llegaron a estar representados sobre la proa solo por sus cuernos, fueran auténticos o metálicos (Guerrero, 2006: 31).

3. De ciervos polípodos a barcos con remos

Diversas manifestaciones gráficas calcolíticas muestran en los ciervos un número mayor de patas que las cuatro aceptables en el caso de que se hubieran querido representar animales genuinos. En la pintura rupestre postpaleolítica, en concreto en la esquemática, este rasgo se ha interpretado tradicionalmente como expresión de movimiento (Acosta, 1968: 51). No obstante, nunca faltan escenas con cérvidos o con caprinos corriendo carentes de un número de extremidades mayor que el esperable en cualquier cuadrúpedo. De hecho, la solución fue la más real que puede observarse en la naturaleza, consistente como es lógico en separar ampliamente los extremos distales de las patas delanteras y traseras del animal (Fig. 12). Por ello, parece bastante extraño que el galope de los ciervos se expresara alguna vez mediante la multiplicación de sus patas. Esto resulta más raro aún, si cabe, cuando esas imágenes polípodas no van acompañadas de elementos que justifiquen la necesidad de huir velozmente de supuestas amenazas: ni aparecen junto a ellos cazadores armados, ni se representan flechas o venablos sobre sus cuerpos. Es cierto que alguna vez el arte antiguo expresó de esta forma una alta velocidad de desplazamiento de algunos cuadrúpedos, por ejemplo, en el caso de caballos enganchados a carros de guerra. Pero en tales ocasiones la existencia de más de cuatro patas, ocho si acaso, era la solución para transmitir la idea de que tiraba del vehículo un par de animales, aunque apareciera en la escena una sola silueta corporal. Más raro aún

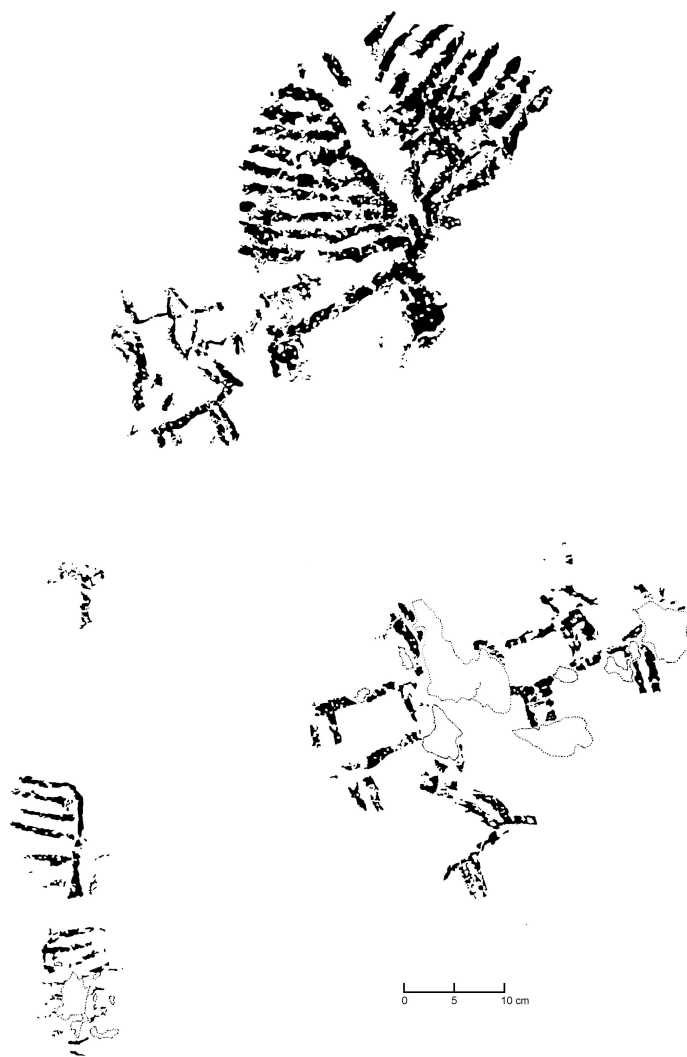


FIG. 13. Cazador apuntando con su arco a un ciervo macho, en calco de pintura rupestre de Tinada del Ciervo 1; el extremo realce de su cornamenta sugiere la importancia concedida a este emblema del animal (cortesía de M. Á. Mateo Saura).

es que en algunas representaciones del Calcolítico hispano esos ciervos polípodos se acompañen de esteliformes. Veamos algunos casos.

En el abrigo 1 de Tinada del Ciervo, en Nerpio, Albacete, se representó en pintura esquemática una escena en la que un personaje dispara con su arco a un ciervo de enormes cuernas. Algunos autores propusieron que el cazador va asistido por perros (Soria y López, 1999: 10), pero esta interpretación de los demás cuadrúpedos ha sido puesta en duda al

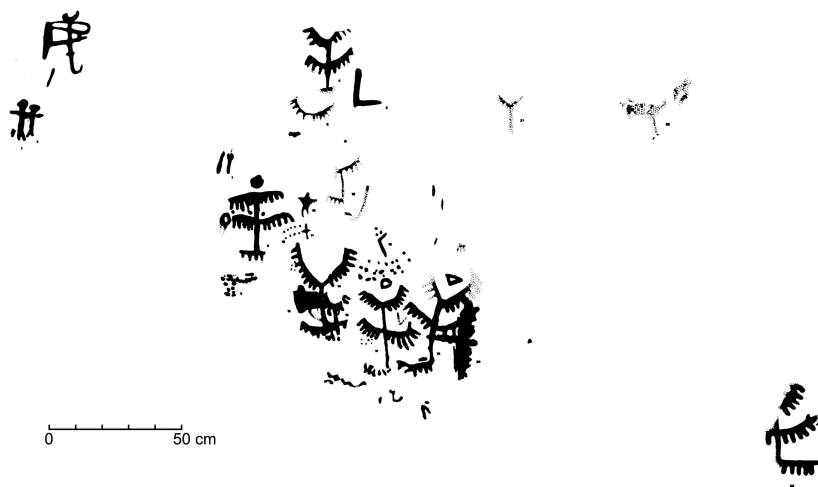


FIG. 14. *Pintura rupestre esquemática de Sierra Morena, Virgen del Castillo, en Chillón, Ciudad Real. Los ciervos con más de cuatro patas podrían ser alusiones a barcos con prótomos de ciervo en la proa, con sus correspondientes remos; ello explicaría la presencia de elementos astrales entre sus astas, aquí representados por motivos de tendencia circular (según Caballero, 1983: plano 32).*

considerarse posibles cabras como las del grupo de la parte inferior derecha del panel (Mateo y Carreño, 2001: 113). En cualquier caso, los paralelos que para esta escena conocemos en la cerámica calcolítica almeriense aconsejan no olvidar la posibilidad de hallarnos ante un gran semental con su harén de ciervas, del que se distinguirían bien en la composición al menos dos hembras cercanas al macho. Pero lo más importante del conjunto, para el tema aquí abordado, es que el animal dispone solo de cuatro patas, como cabría esperar de una instantánea que quiere transmitir una acción cinéptica. Tanto el macho como sus compañeras y las cabras de la agrupación inferior parecen estar en posición de reposo, lo que sugiere que el cazador logró acercarse a los animales sin que ninguno de ellos iniciara la huida. El enorme tamaño de las astas del ciervo acosado se ha interpretado como un elemento cargado de simbolismo, a veces explicitado en su rol psicopompo (Mateo y Carreño, 2001: 115); pero es posible que estemos ante una simple hipérbola del elemento que se quiere destacar por ser el que pretende conseguir el cazador (Fig. 13). Es digno de señalar, igualmente, que en el panel no aparece ninguna

figura astral; de ahí que no resulte razonable asumir que aquellas escenas similares en las que el Sol se hace presente supongan un mero decorado paisajístico de la expedición venatoria. Por el contrario, un ejemplo en el que los ciervos se representan con más patas de las que naturalmente poseen podemos verlo en la pintura esquemática de Nuestra Señora del Castillo, en Almadén, Ciudad Real. Pero precisamente aquí no aparecen perseguidos por cazadores, con lo que no tienen necesidad de huir. Y justo en esta conocida composición algunos animales llevan entre las cuernas discos que podrían ser alusiones al Sol o a otros cuerpos celestes (Fig.

14). Así que en estos dos ejemplos se observa justo lo contrario de lo esperable si las múltiples patas quisieran indicar que el animal va a la carrera: cuando tiene necesidad de huir del cazador aparecen solo cuatro extremidades, y cuando no hay peligro se representan con más de cuatro, en concreto cinco y siete en los dos casos que muestran al ciervo con un círculo entre sus astas. Aparte de otras figuras más difíciles de reconocer, en este conjunto se pintaron varias líneas en zigzag y agrupaciones de puntos, que habría que darlas por una imagen de las aguas cósmicas en el caso de que nuestra hipótesis estuviera en lo cierto.

El documento más claro que apoya la idea propuesta en el presente artículo lo ofrece un recipiente cerámico hallado en la provincia de Madrid, en concreto en el yacimiento calcolítico de Las Carolinas. Se trata de un cuenco fragmentado con decoración exterior de tipo campaniforme y cuya superficie interna muestra una cadena de cinco ciervos y dos representaciones solares (Consuegra y Díaz del Río, 2013: 50-51). En la parte conservada del recipiente, el animal de la izquierda transporta al Sol sobre su lomo, mientras que el siguiente en el orden de

marcha lo lleva entre las cuernas. Todos desfilan de izquierda a derecha, lo que sugiere una especie de procesión tal vez alusiva al recorrido que nuestra estrella hace diariamente sobre la bóveda celeste (Fig. 15). Un diseño similar pudo caracterizar a otro recipiente campaniforme que custodia el Museo Arqueológico de Córdoba, con un ciervo macho que desfila hacia la derecha y que parece precedido por un posible disco solar que se conserva incompleto al haberse encontrado solo un trozo del cuenco (Leisner, 1961: fig. 1; Lazarich, 1999: fig. 175; Garrido y Muñoz, 2000: 288).

Volveremos sobre este aspecto concreto del sentido de la marcha porque puede ser importante a la hora de interpretar todo el friso. Pero también conviene tener presente que todos los hipotéticos ciervos de este cuenco que conservan la figura completa están dotados de seis patas. Si solo aparecieran cinco trazos podría argumentarse, contra nuestra tesis, que el posterior podría referirse a la cola del animal, representada incorrectamente del mismo tamaño que las patas por tratarse de un arte muy esquemático; pero este argumento queda invalidado al contar cada ejemplar con seis. Posiblemente teniendo en cuenta el caso de Las Carolinas y la proporción entre las cornamentas de los animales y el resto del cuerpo, el recipiente campaniforme de tipo Ciempozuelos hallado en Almenara de Adaja, Valladolid, ha sido interpretado también con ciervos de seis patas a pesar de que su alto grado de fragmentación impide confirmar este detalle. En esta pieza el Sol está representado por el gran motivo radiado del fondo exterior del cuenco. Los rayos de este emblema, definidos por haces de incisiones, dividen la superficie decorada en seis segmentos de círculo, cada uno de los cuales ocuparía uno de los ciervos (Delibes y Guerra, 2004: 119-120 y fig. 1).



FIG. 15. *Cuenca de Las Carolinas, custodiado en el Museo Arqueológico Regional de la Comunidad de Madrid; decoración exterior geométrica de estilo campaniforme; la interna es una procesión de ciervos de seis patas y heliomorfos que podría representar el desplazamiento del Sol por el cielo en su barca sagrada (fotografía de M. Torquemada, MAR).*

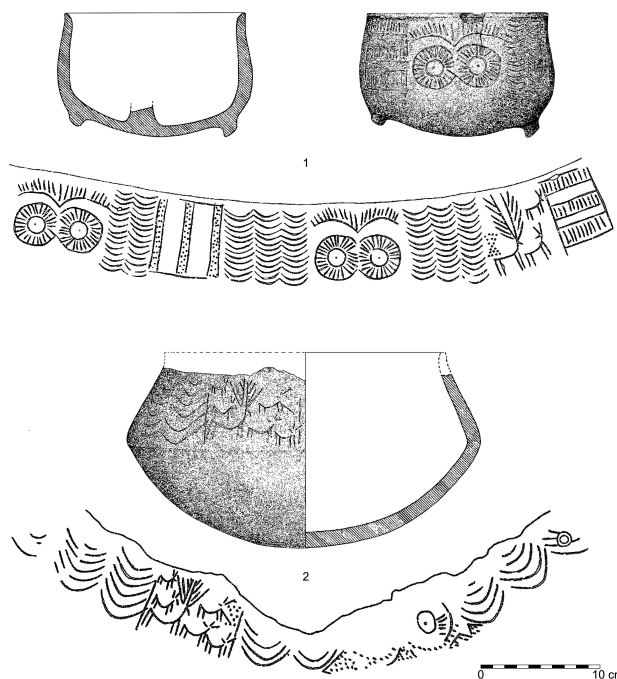


FIG. 16. *Los Millares: 1) sepultura 15; 2) Sepultura 7; recipientes cerámicos con símbolos funerarios que incluyen ciervos machos con sus respectivos harenas (a partir de Martín y Cámlich, 1982: figs. 4a y 6a).*

El diseño que sigue el vaso campaniforme de Las Carolinas pudo ser en su época inspiración de muchos cuencos de esta variedad cerámica, que seguramente fueron más abundantes de lo que a primera vista sugiere el registro arqueológico hasta ahora controlado. Esta posibilidad explicaría el hallazgo en otros yacimientos calcolíticos hispanos de recipientes que muestran patrones parecidos tanto en su forma como en los motivos simbólicos que exhiben. Vasijas de la Edad del Cobre con tipología diferente a la que responde el ejemplar de Las Carolinas muestran ciervos en la cara externa, pero en tales casos se trata siempre de animales tetrápodos. Podemos corroborar esta versión en dos piezas de Los Millares en que los ciervos forman un grupo identificable como harén de hembras con su semental macho correspondiente (Fig. 16). Tal observación no pretende defender que estas escenas sean simples descripciones de la organización social de los ciervos en la época del celo, es decir, una mera alusión a las costumbres de apareamiento de *Cervus elaphus*. Seguramente no se trata de un ‘documental de naturaleza’, como si solo se hubiera querido plasmar el comportamiento reproductor de la especie. Estas composiciones tampoco parecen una decoración destinada a incrementar la belleza del recipiente, aunque subsidiariamente lo consigan, sino una expresión simbólica de este animal por su valor psicopompo, pues ambas vasijas proceden de tumbas (Martín y Cálmalich, 1982: 290 y 292). Lo mismo podemos afirmar en el caso de otros ejemplares hallados en enclaves españoles y portugueses cuando las imágenes de ciervos corresponden a animales cuadrúpedos. Una completa recopilación de estos motivos muestra una amplia difusión del tema por la geografía ibérica, aunque con cierto vacío en el noroeste peninsular si nos ceñimos a las imágenes sobre cerámica (Garrido y Muñoz, 2000: 286-291).

4. Singladuras cósmicas de la divinidad solar

De toda la documentación recopilada sobre imágenes simbólicas en cerámica campaniforme por R.

Garrido y K. Muñoz-López (2000), la única vasija que muestra ciervos desfilando hacia la izquierda es la procedente de Brenes, yacimiento cercano a Carmona. Su perfil y su pequeño tamaño resultan especialmente singulares dentro del repertorio formal de la cerámica campaniforme, mientras que los animales solamente tienen cuatro patas (Harrison *et al.*, 1976: 139, n.º 248); tampoco sus incisiones paralelas elementales resultan un tratamiento decorativo frecuente en la gama temática de esta variedad alfarera (Lazarich, 1999: fig. 56). En todos los demás frisos de ciervos compilados en el trabajo de Garrido y Muñoz-López los animales marchan de izquierda a derecha. Por ir acompañados de soles, elegiremos los barcos-ciervos del cuenco de Las Carolinas como uno de los más expresivos de la serie que ahora nos interesa, ya que en él se exponen de manera más explícita algunas de las cuestiones en las que ahora queremos entrar. Para este tema, una imagen egipcia de Nut proporciona una clave que puede ser importante para explicar esa disposición casi general de los ciervos representados sobre el campaniforme hispano.

En el papiro de *Nesitanebtenhu*, el cuerpo arqueado de la diosa de la bóveda celeste sostiene el mar uranio por el que navega Ra en su barca como divinidad solar (Fig. 17). En dicha escena, el viaje por el techo del mundo se representa precisamente de izquierda a derecha, porque la norma de la cartografía egipcia colocaba el sur en la parte superior de los mapas y el norte en la inferior, con lo que el este quedaba a la izquierda y el oeste a la derecha. Esta disposición de los puntos cardinales, justo la contraria a la que hoy seguimos, tiene su razón de ser en el uso del recorrido diario del Sol para determinar la hora. Como en el hemisferio norte terrestre es necesario mirar al sur para no perder de vista la posición solar, lo lógico es disponer la parte meridional de los planos y mapas en su parte distal y la septentrional en el flanco proximal. Así que, asumiendo como hipótesis más verosímil que en el Calcolítico ibérico también la hora del día se calculaba por la altura del Sol en el cielo, proponemos que esa misma era la pauta que habría presidido cualquier representación del territorio en la Edad del Cobre de Occidente,

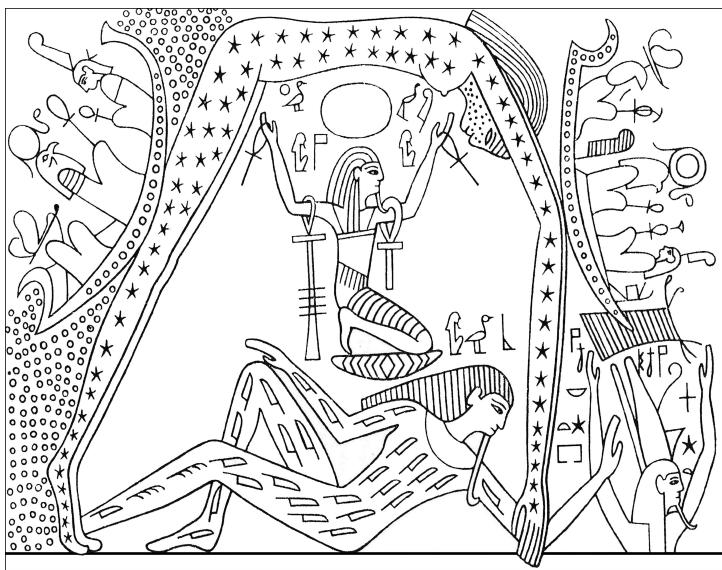


FIG. 17. *Papiro de la princesa Nesitanebtenhu, sacerdotisa de Amón-Ra, 1000 a. C. El dios solar navega por un océano de gotas de agua de izqda. (E) a dcha. (O) sobre Nut, la diosa de cuerpo arqueado que encarna la bóveda celeste (según Hornung, 1999: fig. 4).*

fuera una imagen material o solo una construcción mental. Esta condición tiene como consecuencia que el discurrir diario del Sol se imaginara como una navegación concebida de izquierda a derecha, respetando así su desplazamiento este-oeste. De ser correcta esta observación, nuestra hipótesis predice que la mayor parte de las representaciones calcolíticas de esta singladura astral aparecerán dispuestas en este sentido de marcha, es decir, de izquierda a derecha. Sostenemos, con G. Delibes y E. Guerra (2004: 119), que dicho rasgo puede ser un convencionalismo de la alfarería calcolítica simbólica; pero añadimos que se trata de una norma que no se transmitía por imitación meramente formal en el proceso de fabricación de las vasijas, sino que tenía un trasfondo teológico que presidía la composición y la manera de representarla. Es decir, que dicho convencionalismo no obedecía a una simple repetición de la costumbre sin sentido alguno. La marcha hacia la derecha se cumple en el caso ya citado de El Paraíso que recogemos en la Fig. 5 y en todas las procesiones de ciervos de la cerámica campaniforme con la excepción ya advertida del recipiente de

Brenes, junto a Carmona, que no es precisamente una versión muy canónica de este tipo de alfarería. Pero también se constata en numerosos ciervos polípodos de la pintura rupestre, en especial en los que portan elementos astrales más o menos explícitos entre sus cuernos o junto a ellos. En este caso, y como hemos adelantado, el cuenco de Las Carolinas contendría una de las versiones más arquetípicas de esta mentalidad, posiblemente representada también en otros testimonios, al menos en el que se conserva en el Museo de Córdoba y en el de Almenara de Adaja.

5. El ciervo en el registro funerario

No es objeto de este artículo recopilar un registro exhaustivo de la presencia del ciervo en el Calcolítico ibérico, sea en el registro iconográfico o en otros contextos arqueológicos. Creemos que la hipótesis aquí defendida no exige contar con el repertorio completo hoy conocido sobre esos datos, por otra parte, innumerables y fuera de la extensión que aquí se nos permite. Por ello, para analizar la presencia de restos de ciervos y su posible significado en el mundo funerario hemos elegido como área a muestrear el cuadrante suroccidental ibérico. Esta zona cuenta con la ventaja de tener yacimientos muy bien excavados y que presentan una fecunda información sobre el tema, porque en muchos de esos sitios se han identificado bien y publicado con suficiente detalle los restos de fauna que contenían. Por otra parte, cuentan en diversos casos con buenos estudios contextuales y con dataciones radiocarbónicas que permiten situar bien los hallazgos en su marco histórico. En cualquier caso, para completar esta zona geográfica y para contrastar si serían extensibles nuestras conclusiones a otras áreas, hemos tomado en consideración algunos hallazgos producidos en sectores de la Península Ibérica que no corresponden al suroeste de la misma. Esto permitirá proponer si estamos o no ante unos

comportamientos y un marco ideológico similares. La zona nuclear elegida tiene como frontera norte el río Tajo. Los límites sur y oeste los marca el océano Atlántico. Por el este hemos llevado nuestro estudio hasta la provincia de Córdoba, que puede considerarse espacio intermedio entre la parte occidental de Andalucía y la oriental.

Para este territorio queremos exponer primeramente y de forma explícita los indicadores arqueológicos que nos han servido para dar por funerario un determinado registro. Evidentemente, el ítem más demostrativo es la existencia de tumbas bien identificadas como tales. En segundo lugar, también consideramos mortuorios algunos contextos que, sin tener registradas estructuras sepulcrales propiamente dichas, contenían restos humanos entre sus sedimentos antrópicos. Finalmente, incluimos en tercer lugar aquellos sitios en los que está documentada la presencia de ‘ídolos’, teniendo en cuenta para ello que estas piezas han sido desposeídas de su consideración de representaciones de divinidades para ser releídas como imágenes de plañideras (Escacena, 2019). En el célebre yacimiento calcolítico de Los Millares, donde existe una clara división entre el sector de los vivos y el de los muertos (Almagro y Arribas, 1963), casi todas las figurillas de este tipo se concentran en los hipogeos de la necrópolis (Almagro Gorbea, 1973: 30, 54-56, 66-68, 148, 158-162 y 188). En cualquier caso, si queremos seguir defendiendo para tales imágenes su interpretación tradicional como ídolos, su procedencia mayoritaria está asociada casi siempre a cementerios cuando sus contextos arqueológicos han sido bien controlados desde el punto de vista científico.

La constatación de una sola de estas tres variables sería suficiente para definir como funerario un determinado hallazgo. Sin embargo, por ser la primera clave la exigencia más demostrativa, hemos incluido excepcionalmente como contextos funerarios aquellos registros con *Cervus elaphus*, aunque no procedan de la propia cámara sepulcral. Esta decisión tiene como base la comprobación de que en muchos cementerios de la cuenca mediterránea correspondientes al III milenio a. C. las sepulturas incluyen diversas estancias, que también forman

parte de la propia tumba, aunque no todas contengan necesariamente restos de cadáveres humanos. Los propios dólmenes occidentales cuentan a veces con divertículos subordinados a la cámara mortuoria propiamente dicha, estuvieran destinados a colocar ofrendas o a otras necesidades del ritual de ultratumba. Y eso mismo está sobradamente constatado en el Egipto faraónico. Por otra parte, y al objeto de contar con la mayor cantidad posible de datos, incluimos en este corpus la aparición del ciervo en cualquiera de sus expresiones: restos óseos del propio animal, grabados sobre vasijas de cerámica y figurillas en bulto redondo (Fig. 18).

En esta relación de sitios, los datos consignados para Valencina ofrecen un panorama muy genérico, porque los informes publicados no siempre aclaran si se documentaron cuernas, falanges o ambos elementos, aunque sí señalan el hallazgo de al menos 500 restos orgánicos, con un número mínimo de individuos de 27. Tal abundancia de piezas pertenecientes a *Cervus elaphus* indicaría un especial papel social de dicha especie durante la Edad del Cobre (García Sanjuán, 2013: 41 y tab. 5). Esta conclusión sobre el protagonismo ritual del ciervo es compartida igualmente por otros investigadores a partir del estudio de los restos faunísticos del Sector PP4-Montelirio de Valencina, señalando en concreto la posibilidad de estar ante un ítem especialmente simbólico (Liesau *et al.*, 2014: 75). Sin embargo, casi todos los estudios sobre la presencia de estos cérvidos en horizontes calcolíticos se han limitado a señalar su relevancia cinegética y el hipotético aprovechamiento de sus astas en la fabricación de enmangues para herramientas. Estas consideraciones han olvidado que muchas de las cuernas son de desmogue, y por tanto de animales no cazados, y que en estos contextos funerarios y simbólicos rara vez las cornamentas sirvieron para asidero de útiles líticos y/o metálicos (Martínez Sánchez, 2019: 273). Como refleja la documentación reseñada, la mayor parte de las evidencias de ciervos no hablan del consumo de su carne, aunque esta se aprovechara en la vida cotidiana. En ambientes sepulcrales hay una clara selección de falanges y de astas. Las primeras se utilizaron para convertirlas en figurillas de uso

YACIMIENTO / CONTEXTO	REGISTRO	DATACIÓN	REF. BIBLIOGRÁFICAS
Palmela / Tumba 3	imagen en vasija campaniforme	Calcolítico	Soares, 2003
Palmela / Tumba	imagen en vasija campaniforme	Calcolítico	Soares, 2003
Perdigões / Foso 7 restos humanos	imagen en vasija	2617-2611 (0,9 %) cal AC	Evangelista y Valera, 2020; Valera y Wood, 2020; Valera, 2015a
		2581-2468 (94,5 %) cal AC	
		2448-2446 (0,2 %) cal AC	
		2436-2420 (1,4 %) cal AC	
		2405-2378 (3,5 %) cal AC	
		2350-2193 (84,9 %) cal AC	
		2177-2144 (5,3 %) cal AC	
		2468-2291 (95,4 %) cal AC	
Brenes / Necrópolis	imagen en vasija campaniforme	Calcolítico	Harrison <i>et al.</i> , 1976; Lazarich, 1979
Perdigões / Tumba 1	falanges	Calcolítico	Cabaço, 2011
Perdigões / Tumba 2	falanges figurilla cuernas* radio metacarpo	2860-2500 a. C.	Silva <i>et al.</i> , 2017; Valera, 2015b
		2570-2200 a. C.	
Huerta Montero / Tumba	falanges	3090-2495 a. C.	Blasco y Ortiz, 1991
		2458-1889 cal AC	
La Viña / Necrópolis	cuernas*	Calcolítico	Márquez y Jiménez, 2010
Valencina, avda. Andalucía, 9 Necrópolis	cuernas*	2867-2496 cal AC	Sardá, 2016
Valencina, PP4-Montelirio Necrópolis	cuernas	Calcolítico	Liesau <i>et al.</i> , 2014
Valencina, Cerro de la Cabeza Necrópolis	cuernas	Calcolítico	Fernández Gómez, 2013
Valencina, La Perrera Necrópolis	cuernas falanges	Calcolítico	García Sanjuán, 2013
Valencina, La Candelera Necrópolis	cuernas falanges	Calcolítico	<i>ibidem</i>
Valencina, PP-Matarrubilla Necrópolis	cuernas falanges	Calcolítico	<i>ibidem</i>
Valencina, La Gallega Necrópolis	cuernas falanges	Calcolítico	<i>ibidem</i>
Valencina, c/ Mariana Pineda Necrópolis	cuernas falanges	Calcolítico	<i>ibidem</i>
Carmona, c/ Calatrava, 4 Necrópolis	cuernas	Calcolítico	Román y Conlin, 2002
Carmona, c/ Calatrava, 2 Necrópolis	cuernas	Calcolítico	Román y Vázquez, 2002
Carmona, c/ D. Quintanilla Ídolo	falange	Calcolítico	Conlin, 2003
Campo Real / Necrópolis	cuernas	Neolítico / Calcolítico	Cruz-Auñón y Jiménez, 1985
Acebuchal / Necrópolis	cuernas pezuñas	Calcolítico	Harrison <i>et al.</i> , 1976; Lazarich <i>et al.</i> , 1995; Lazarich, 1999
La Arruzafa / Tumba	cuernas*	Neolítico / Calcolítico	Martínez Sánchez, 2019

FIG. 18. Presencia del ciervo o de su imagen en contextos funerarios del SO hispano; los restos marcados con asterisco son astas de desmogue; para las demás cuernas, la bibliografía de referencia no ofrece este detalle. El contexto 'Necrópolis' se refiere a un ambiente funerario, aunque el registro no se hallara en la cámara sepulcral propiamente dicha, sino en sus inmediaciones.



FIG. 19. Enterramiento localizado en La Arruzafá, Córdoba; en la imagen de la dcha. se señala la posición ocupada por la cuerna de ciervo (según Martínez Sánchez, 2019: fig. 4).

funerario por su parecido con la silueta humana cuando se colocan de pie, ejerciendo la misma función que tuvieron los 'ídolos' oculados en el universo simbólico del Calcolítico ibérico. Este hecho sugiere que también las cuernas cumplirían en el mundo de ultratumba un rol simbólico especial. En ocasiones se colocaron cuidadosamente en el fondo de pozas siliformes excavadas en los espacios funerarios junto a las tumbas. Pero otras veces se dispusieron sobre los mismos cadáveres, sin que en estos casos muestren huellas de haberse empleado como enmangues de instrumentos (Fig. 19). Las partes seleccionadas para el probable papel emblemático desempeñado por el ciervo, y que por tanto quedaron registradas

en estos ambientes especialmente simbólicos, fueron las que no aportaban sustancia comestible o solo lo hacían en muy baja cantidad (Lazarich *et al.*, 1995: 93).

Con respecto a las representaciones de cérvidos en la alfarería, se han podido constatar en el sector de estudio cuatro. En todos los casos se trata de motivos elaborados antes de la cocción de los recipientes, lo cual denota una clara voluntad de fabricar desde el principio la vasija con la carga simbólica que el tema conlleva. No se trata, en consecuencia, de un añadido posterior a su salida del horno. Es un hecho que revela la existencia de un mundo memético prefijado en el universo mental

de quienes demandaron, fabricaron y usaron tales objetos. En este pequeño corpus de hallazgos destaca igualmente la figurilla exenta procedente de la Sepultura 2 de Perdígões. Fabricada en marfil, parece hasta ahora una singularidad en el repertorio de imágenes ebúrneas calcolíticas de la Península Ibérica (Schuhmacher, 2016). Son en cambio mucho más numerosas las piezas que representan aves, conejos y cerdos (Bueno *et al.*, 2016; Valera, 2017).

6. Algunas consideraciones finales

A lo largo de este artículo hemos defendido que el universo mental del Calcolítico ibérico participó de una visión cosmológica muy parecida a la que dominaba en otros muchos ámbitos del Mediterráneo durante la Prehistoria Final (en Occidente) y en las primeras culturas urbanas históricas (en Oriente). Esa equiparación de salida nos ha permitido profundizar en detalles que no habríamos sospechado sin el reconocimiento previo de tales fundamentos comunes, iniciando un camino que podría alcanzar avances futuros. La creencia en una barca usada por las divinidades en sus desplazamientos celestes y por los humanos en su viaje de ultratumba es uno de estos pormenores en el que todavía pueden desarrollarse numerosas investigaciones. De hecho, la embarcación solar del enclave extremeño de El Paraíso sugiere la existencia de personajes sagrados que hacían la función de remeros en esa nave astral y que parecen bien definidos mediante los atributos representativos que lucen sobre sus cuerpos. Que esta tripulación tan bien caracterizada esté compuesta claramente por seis miembros refuerza de nuevo la idea de que los ciervos representados en el arte rupestre y en la cerámica campaniforme con seis patas son en realidad barcas celestes, y que sus seis extremidades aluden a los remos. Por tanto, esta cantidad de palas no sería aleatoria, sino producto de un canon fijado por la propia mentalidad religiosa que sustentaba toda esta iconografía. Precisamente dos de los asistentes de la embarcación del Paraíso llevan sendos tocados de cuernas de ciervo sobre sus cabezas.

En los posteriores tiempos protohistóricos, la Península Ibérica conoció un nuevo auge de esta creencia y de sus correspondientes representaciones plásticas, pero entre la Edad del Cobre y el I milenio a. C. existe cierto vacío documental especialmente significativo, sin que falten algunas imágenes que garanticen la continuidad de ese mensaje mental. Dicha cadena simbólica no debe verse necesariamente como garantía de una paralela continuidad cultural y démica, pues es posible que en algunas zonas el *Evento Climático 4.4 ka cal BP* y la extrema aridez que este trajo consigo despopularan muchas comarcas luego reocupadas por nueva gente, como de hecho se ha propuesto para el estuario del Guadalquivir (García Rivero y Escacena, 2015). Uno de los testimonios más claros de que en el II milenio a. C. la barca sagrada fue un credo aún vigente a pesar de su escasa representación en la Edad del Bronce lo constituye un vaso de tipología argárica hallado en el Cerro del Cuchillo, en Almansa, Albacete, que muestra una cenefa de metopas en las que el Sol navega sobre dos posibles barcas muy esquemáticas (Fig. 20). Esta particularidad profundiza en la idea



FIG. 20. Vaso de los soles, Museo de Albacete. Bajo cada heliomorfo siempre aparecen dos "pectiniformes" superpuestos interpretables como las barcas solares nocturna y diurna de la divinidad (fotografía de M. Vencesla cedida por R. Sanz Gamo).

de que ya en dicha época las culturas prehistóricas occidentales aceptaron una doble navegación para nuestra estrella, la diurna y la nocturna, y que para cada singladura el dios necesitaba una nave distinta. Se trata en este caso de un detalle que conocemos bien en el Egipto faraónico y en la religión griega, por ejemplo, donde las divinidades emplean a veces más de un vehículo astral para desplazarse por la bóveda del firmamento.

Los testimonios aquí analizados no componen un corpus completo de cuantas evidencias arqueológicas podrían usarse para profundizar más en nuestra hipótesis o para reforzarla, porque son muchas las manifestaciones de pintura rupestre en las que ciervos y soliformes aparecen formando parte de un mismo panel compositivo. Si no hemos usado toda la información disponible es por la dificultad de saber si en el arte esquemático calcolítico tales asociaciones son producto de una misma y única acción pictórica o el resultado de varias. El hecho de que la obra final que nos ha llegado pueda ser un palimpsesto entorpece en extremo la tarea de criba a la hora de elegir los documentos más idóneos. Este mismo problema lo plantea el caso concreto de las placas de terracota procedentes de Vila Nova de São Pedro. Dichos elementos, normalmente cuadrangulares, pudieron formar parte de algún revestimiento o composición que solo podía contemplarse por una de sus caras, pues las piezas no se decoraron por las dos. Para unir las unas con otras de manera que formaran una especie de tapiz, o simplemente para aplicarlas al lugar donde tuvieran que exponerse, dichas losetas contaban con perforaciones en sus esquinas que facilitarían un cosido entre ellas o su fijación a alguna superficie mediante clavos de madera o de otro material no conservado. Pero lo importante para la propuesta aquí defendida es que diversos ejemplares muestran representaciones simbólicas entre las que abundan los ciervos y las imágenes solares o de las aguas celestes, cuestión que ya suscitó muchas dudas acerca de su utilización como simples pesas de telar (Almagro Gorbea, 1973: 219-222), un papel que todavía sostiene la tradición arqueológica para estas piezas (Martins *et al.*, 2020) y, con dudas para su

función, para otras similares procedentes de Outeiro Redondo, en Sesimbra (Cardoso, 2021: 72-75), o de Zambujal (Sangmeister y Schubart, 1981: lám. 6). Es cierto que en ninguna de las placas publicadas de este conjunto portugués aparecen escenas similares a la procesión de ciervos con soles del cuenco campaniforme de Las Carolinas, pero otros temas también presentes en sus caras decoradas apuntan a un claro simbolismo uranio. De hecho, algunos emblemas muy esquemáticos descritos a veces como ramiformes pueden leerse como representaciones muy esquemáticas de la barca sagrada (Escacena, 2015: 58), en este caso navegando por un mar de puntos alusivo a las aguas cósmicas (Fig. 21). La dificultad para elaborar complejas cuernas de ciervos en figurillas de bulto redondo puede ser la razón de que en el Calcolítico ibérico estos animales se hayan representado incisos en placas de barro como las de Vila Nova. De hecho, los más antiguos barcos con prótomos de ciervo del Mediterráneo occidental pertenecen al II milenio a. C., cuando ya se dominaba bien la metalurgia del bronce a la hora de fabricar objetos de tipología variada. Otro impedimento a señalar es la fragmentación que en muchos contextos ofrece el registro cerámico, especialmente en los espacios de habitación. Igual que hemos visto en Los Millares trozos de vasijas con motivos internos que parecen partes de embarcaciones, también podría corresponder a la representación de una de estas naves celestes el prótomo de ciervo inciso en la cara interna de un fragmento de vasija encontrado en el enclave calcolítico de Ciavieja. A este testimonio almeriense acompañan otros recipientes con decoraciones simbólicas que se han considerado ojos/soles (Carrilero y Suárez, 189-90: 122-124), si bien las más significativas para nuestra hipótesis son las que pueden interpretarse como barcos al compararlas con el del cuenco de Los Millares que lleva cuernos de toro en la proa.

Una de nuestras conclusiones es que esta dilatada creencia religiosa, tan vasta en el espacio como en el tiempo, no debería verse en cada región del Viejo Mundo y en cada una de sus culturas arcaicas como resultado de un nacimiento independiente y de un desarrollo posterior aislado, es decir, como una

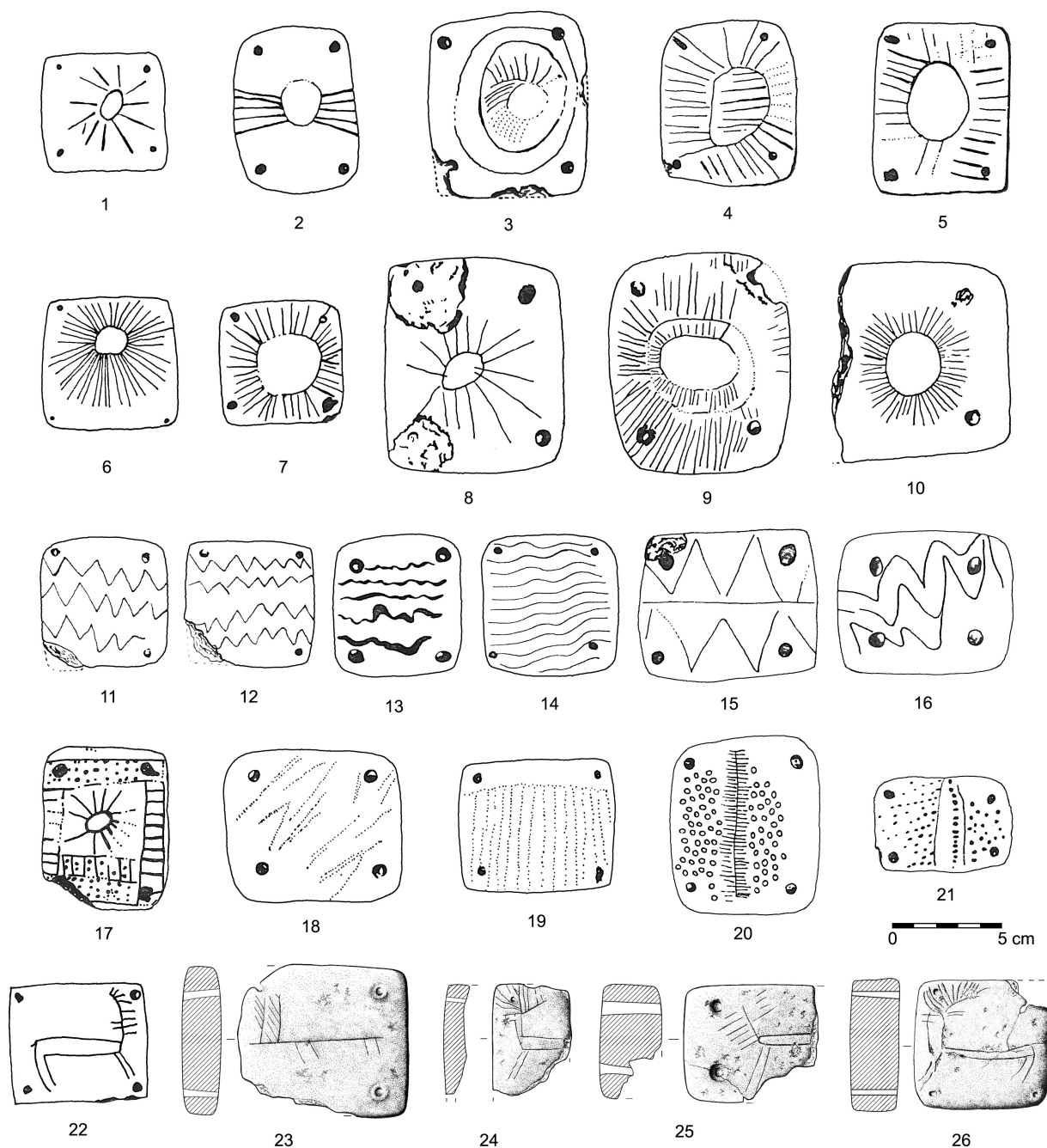


FIG. 21. Terracotas procedentes del yacimiento calcolítico de Vila Nova de São Pedro, Portugal. Junto a las que muestran imágenes solares (1-10), otras llevan líneas en zigzag posiblemente referidas al agua urania (11-16). El mar cósmico puede aparecer representado también con múltiples gotas, unas veces acompañando al Sol (17), otras sin ningún elemento más (18-19) y en ocasiones rodeando a la barca celeste (20-21). En este ambiente cósmico los animales representados son siempre ciervos (22-26) (procedencia: 1-22, según Almagro Gorbea, 1973: figs. 54 y 55; 23-26, según Martins et al., 2020: figs. 2-4 y 10).

analogía evolutiva. Más bien podríamos estar ante expresiones aquí y allá de una ideología sagrada ancestral que pudo estar relativamente afianzada ya en el Paleolítico Superior. En este caso, y mediante una metodología de corte darwiniano que se ha mostrado especialmente fructífera a la hora de reconstruir el pensamiento cosmológico de los últimos cazadores-recolectores paleolíticos (D'Huy, 2013), tendríamos que interpretar las semejanzas entre unos lugares y otros y entre unas fechas y otras como resultado de una homología, esto es, como manifestaciones heredadas de un pensamiento común que hizo las veces de progenitor de la creencia. Para este universo mental primitivo, que es mucho más que panmediterráneo, cada descendiente concreto poseyó seguramente matices locales que no consiguieron derrumbar la médula compartida de dicha fe, que superó posibles rupturas regionales en la sucesión cronológica. Entre esas particularidades, la Península Ibérica pudo destacar por su insistencia en relacionar el carácter psicopompo del ciervo con el viaje cósmico al más allá que emprendían las almas tras la muerte del cuerpo en el que se habían alojado durante la vida terrenal. Este rasgo parece una particularidad de la Edad del Cobre hispana, pues desaparecerá junto con otros elementos simbólicos durante el II milenio a. C. (Mederos, 2020: 285-288). De hecho, y en consonancia con otras tradiciones mediterráneas, en los momentos protohistóricos se impondrá cada vez más el valor psicopompo de las anátidas, un papel que en Europa central puede rastrearse para dichas aves ya en las imágenes de la barca sagrada de la Edad del Bronce (Andrés, 2007-08: 883). Ello explicaría parte del registro arqueológico aquí analizado y otros muchos datos que aún están por detallar y que se nos han quedado en el tintero. Entre estas cuestiones debemos mencionar la existencia en la cerámica campaniforme de animales alineados que carecen de cuernas. Tales zoomorfos se han interpretado en algunos casos como reses jóvenes, pero también como corzas (Pereira y Bubber, 1974-77: 118; Soares, 2000: 67), aunque en este contexto parece razonable darlas sencillamente por hembras de *Cervus elaphus*. Cuando se disponen en hileras, estos cuadrúpedos sin astas nunca

llevan asociado el disco solar, por lo que la agrupación venado-Sol indicaría la identidad masculina de nuestra estrella en la mente calcolítica. En apoyo de tal hipótesis podría citarse el único caso hasta ahora que ha permitido establecer una clara conexión entre un enterramiento humano concreto y la presencia de astas de ciervo, ya que la práctica de inhumaciones colectivas o la ausencia de estudios detallados de antropología física impiden casi siempre aclarar este extremo. Se trata de la citada tumba de La Arruzafa, correspondiente a un varón (Martínez Sánchez, 2019: 268). Si esta asociación entre sepulturas masculinas y ciervos machos pudiera algún día sostenerse con muchos más ejemplos, en el universo mental calcolítico las ciervas podrían haber desempeñado el papel de vehículos psicopompos funerarios para las mujeres. El carácter masculino de estas representaciones se indica de forma exclusiva con la cornamenta porque las hembras de este animal carecen de ella, pero, sobre todo, porque justamente estamos ante imágenes de barcos y no de animales.

Todo este mundo simbólico está claramente relacionado con la creencia en una vida más allá de la muerte. Entre los sitios con pintura esquemática se han registrado casos con tumbas cercanas datadas en la misma fecha que esos paneles rupestres, en los que aparecen barcos –descritos normalmente como ramiformes– y heliomorfos (Alcolea *et al.*, 1994: 30-31). Ello explicaría la frecuentísima orientación de las sepulturas megalíticas al horizonte marcado por la declinación solar, haciendo compatibles y complementarios el culto al Sol y los rituales funerarios relacionados con sus ciclos de eterno renacer. Y ya hemos señalado la frecuencia con que el ciervo aparece en contextos claramente mortuorios o junto a restos humanos, un hecho que ya remarcaron G. Delibes y E. Guerra (2004: 119-121) al estudiar el cuenco procedente de Almenara de Adaja. Por esta misma razón, el uso por la divinidad de una barca cósmica no excluía la necesidad de una nave también para el alma humana en su viaje al paraíso celestial, así en Oriente (Benito, 2009: 33-41) como en Occidente.

Bibliografía

- ACOSTA, P. (1968): *La pintura rupestre esquemática en España*. Salamanca: Univ. de Salamanca.
- ALCOLEA, J. J.; DE BUNES, F.; GARCÍA VALERO, M. Á. y MÁRQUEZ, B. (1994): “Las representaciones rupestres esquemáticas del Abrigo de Belén (Torremocha, Madrid)”, *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*, 9, pp. 29-32.
- ALLEN, J. P. (2015): “Egyptian cosmology and cosmogony”. En RUGGLES, C. L. N. (ed.): *Handbook of archaeoastronomy and ethnoastronomy*. New York: Springer, pp. 1471-1475.
- ALMAGRO, M. y ARRIBAS, A. (1963): *El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, III. Madrid: CSIC.
- ALMAGRO GORBEA, M. J. (1973): *Los ídolos del Bronce I hispano*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XII. Madrid: CSIC.
- ANDRÉS, M. T. (2007-08): “Semblanza cosmográfica de los ‘cuencos’ de Axtroki”, *Veleia*, 24-25, pp. 879-894.
- ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1987): “New bell beaker discoveries in the Southeast Iberian Peninsula”. En WALDREN, W. H. y KENNARD, R. C. (eds.): *Bell beaker discoveries of the western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data*. BAR Intern. Series, 331, I. Oxford: Archaeopress, pp. 129-146.
- AUBET, M. E. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona: Crítica.
- AZARA, P. (2010): *La reconstrucción del Edén. Mito y arquitectura en Oriente*. Barcelona: Gustavo Gili.
- BELMONTE, J. A. (2012): *Pirámides, templos y estrellas. Astronomía y arqueología en el Egipto antiguo*. Barcelona: Crítica.
- BENITO, J. M. (2009): “La barca solar en el arte del antiguo Egipto”, *Ars Longa*, 18, pp. 33-50.
- BLASCO, F. y ORTIZ, M. (1991): “Trabajos arqueológicos en Huerta Montero, Almendralejo, Badajoz”. En *Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura*. Extremadura Arqueológica, II. Badajoz, pp. 129-137.
- BUENO, P.; DE BALBÍN, R.; BARROSO, R.; CARRERA, F. y HUNT, M. (2016): “El arte y la plástica en el tholos de Montelirio”. En FERNÁNDEZ FLORES, Á.; GARCÍA SANJUÁN, L. y DÍAZ-ZORITA, M. (eds.): *Montelirio. Un gran monumento megalítico de la Edad del Cobre*. Sevilla: Junta de Andalucía, pp. 365-405.
- CABAÇO, N. (2011): “Restos faunísticos em contexto funerário nos Perdígões, Reguengos de Monsaraz (Sepulcros 1 e 2)”. En CASCALHEIRA, J. y GONÇALVES, C. (eds.): *Actas IV Jornadas de Jovens em Investigação Arqueológica*. Faro: Universidade do Algarve, vol. 1, pp. 259-267.
- CARDOSO, J. L. (2021): “The fortified chalcolithic settlement of Outeiro Redondo (Sesimbra, Portugal). An account of the excavations conducted between 2005 and 2016”, *Madrider Mitteilungen*, 62, pp. 34-99. DOI: <https://doi.org/10.34780/5t5b-rg2e>
- CARRILERO, M. y SUÁREZ, Á. (1989-90): “Ciavieja (El Ejido, Almería): resultados obtenidos en las campañas de 1985 y 1986. El poblado de la Edad del Cobre”, *Cuadernos de Prehistoria de la Univ. de Granada*, 14-15, pp. 109-136. DOI: <https://doi.org/10.30827/cpag.v14i0.1291>
- CONLIN, E. (2003): “Los inicios del III milenio a. C. en Carmona: las evidencias arqueológicas”, *Carel*, 1, pp. 83-143.
- CONSUEGRA, S. y DÍAZ-DEL-RÍO, P. (2013): *La tierra apropiada*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- CRUZ-AUÑÓN, R. y JIMÉNEZ, J. C. (1985): “Historia crítica del antiguo yacimiento de Campo Real (Carmona)”, *Habis*, 16, pp. 417-452.
- DELIBES, G. y GUERRA, E. (2004): “Contexto y posible significado de un cuenco Ciempozuelos con decoración simbólica de ciervos hallado en Almenara de Adaja (Valladolid)”, *Miscelánea en homenaje a E. Aguirre, IV. Arqueología*. Zona Arqueológica, 4(4). Alcalá de Henares: MAR, pp. 116-125.
- D’HUY, J. (2013): “A cosmic hunt in the Berber sky: a phylogenetic reconstruction of a Palaeolithic mythology”, *Les Cahiers de l’AARS*, 16, pp. 93-106.
- ESCACENA, J. L. (2015): “Cielos fosilizados”, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 33, pp. 43-61.
- ESCACENA, J. L. (2019): “Axiomas en la cuerda floja. El caso del ‘tatuaje facial’ de las figurillas hispanoportuguesas de la Edad del Cobre”. En BELTRÁN, J.; FABIÃO, C. y MORA, B. (coords.): *La historiografía de la arqueología hispano-portuguesa a debate*. Spal, Monografías Arqueología, xxx. Sevilla: Univ. de Sevilla-Univ. de Málaga, pp. 273-292.
- ESCACENA, J. L. y GÓMEZ PEÑA, Á. (2022): “Navegando con los dioses. Barcas sagradas en la Iberia protohistórica”. En PEREIRA, Á. y DÍEZ, P. (eds.): *Sacra artificialia. Liturgia y parafernalia en las religiones antiguas*. Spal, Monografías Arqueología, XLII. Sevilla: Univ. de Sevilla, pp. 89-118.

- EVANGELISTA, L. S. y VALERA, A. C. (2020): “Segmenting and depositing: The manipulation of the human body in ditched enclosures seen from Perdigões”. En VALERA, A. C. (ed.): *Fragmentation and Depositions in Pre and Proto-Historic Portugal*. Lisboa: Nucleo de Investigação Arqueologica-ERA Arqueologia SA, pp. 47-69.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (2013): “Las excavaciones del Museo Arqueológico de Sevilla en Valencina de la Concepción (Sevilla) en 1975-1976: sectores de La Perrera, La Candelera y Cerro de la Cabeza”. En GARCÍA SANJUÁN, L.; VARGAS, J. M.; HURTADO, V.; CRUZ-AUÑÓN, R. y RUIZ MORENO, T. (coords.): *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): Investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento de La Pastora*. Sevilla: Univ. de Sevilla, pp. 131-150.
- GARCÍA RIVERO, D. y ESCACENA, J. L. (2015): “Del Calcolítico al Bronce Antiguo en el Guadalquivir inferior. El Cerro de San Juan (Coria del Río, Sevilla) y el ‘modelo de reemplazo’”, *Zephyrus*, LXXVI, pp. 15-38. DOI: <https://doi.org/10.14201/zephyrus2015761538>
- GARCÍA SANJUÁN, L. (2013): “El asentamiento de la Edad del Cobre de Valencina de la Concepción: Estado actual de la investigación, debates y perspectivas”. En GARCÍA SANJUÁN, L.; VARGAS, J. M.; HURTADO, V.; CRUZ-AUÑÓN, R. y RUIZ MORENO, T. (coords.): *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): Investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento de La Pastora*. Sevilla: Univ. de Sevilla, pp. 21-59.
- GARRIDO, R. y MUÑOZ, K. (2000): “Visiones sagradas para los líderes. Cerámicas campaniformes con decoración simbólica en la Península Ibérica”, *Complutum*, 11, pp. 285-300.
- GAVILÁN, B. y MAS, M. (2006): “La Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba): hábitat y santuario durante el Neolítico Antiguo. Hogares, *Papaver somniferum* y simbolismo”, *Spal*, 15, pp. 21-37. DOI: <http://dx.doi.org/10.12795/spal.2006.i15.02>
- GOMAR, A. M.^a (2021): “La escena naval del abrigo de Laja Alta (Jimena de la Frontera, Cádiz). Una nueva propuesta cronocultural”, *Zephyrus*, LXXXVIII, pp. 209-234. DOI: <https://doi.org/10.14201/zephyrus202188209234>
- GONZÁLEZ WAGNER, C. (2001): *La religión fenicia*. Madrid: Edic. del Orto.
- GUERRERO, V. M. (1998): “Los mercantes fenicio-púnicos en la documentación literaria, iconográfica y arqueológica”. En COSTA, B. y FERNÁNDEZ, J. H.: *Rutas, navíos y puertos fenicio-púnicos. XI Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*. Ibiza: Museo Arqueológico de Ibiza y Formentera, pp. 61-103.
- GUERRERO, V. M. (2006): “Nautas baleáricas durante la Prehistoria (parte II). De la iconografía naval a las fuentes históricas”, *Pyrenae*, 37, pp. 7-45.
- HARRISON, R. J.; BUBNER, T. y HIBBS, V. (1976): “The beaker pottery from El Acebuchal, Carmona (prov. Sevilla)”, *Madrider Mitteilungen*, 17, pp. 79-141.
- HORNUNG, E. (1999): *El Uno y los Múltiples. Concepciones egipcias de la divinidad*. Madrid: Trotta.
- JORDÁN, J. F. (2018): “La pareja primordial y el ciervo psicopompo del Arroyo Hellín (Chiclana de Segura, Jaén, España)”, *Cuadernos de Arte Prehistórico*, 8, pp. 54-74.
- KRAGH, H. (2008): *Historia de la cosmología. De los mitos al universo inflacionario*. Barcelona: Crítica.
- LAZARICH, M. (1999): *El Campaniforme en Andalucía occidental*. Cádiz: Univ. de Cádiz.
- LAZARICH, M.; LADRÓN DE GUEVARA, I.; RODRÍGUEZ DE ZULOAGA, M. y SÁNCHEZ, M. (1995): “El yacimiento de ‘El Acebuchal’ (Carmona, Sevilla): un análisis de las estructuras calcolíticas a través de los escritos inéditos de J. Bonsor e historiografía”, *Spal*, 4, pp. 81-100. DOI: <https://doi.org/10.12795/spal.1995.i4.04>
- LEISNER, V. (1961): “Innenverzierte Schalen der Kupferzeit auf der Iberischen Halbinsel”, *Madrider Mitteilungen*, 2, pp. 11-33.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel: der Süden*. Berlin: Walter de Gruyter & Co.
- LIESAU, C.; APARICIO, M.; ARAUJO, R.; LLORENTE, L. y MORALES, A. (2014): “La fauna del Sector pp4-Montelirio del yacimiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla). Economía y simbolismo de los animales en una comunidad del III milenio”, *Menga*, 5, pp. 69-102.
- LULL, J. (2004): *La astronomía en el antiguo Egipto*. Valencia: Univ. de Valencia.
- LUZÓN, J. M. (1988): “Los *hippoi* gaditanos”. En *Congreso Internacional ‘El Estrecho de Gibraltar’*. Madrid: UNED, t. I, pp. 445-458.
- MÁRQUEZ, J. E. y JIMÉNEZ, V. (2010): *Recintos de fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica (IV-III milenios AC)*. Málaga: Univ. de Málaga.

- MARTÍN, D. y CÁMALICH, M. D. (1982): “La ‘cerámica simbólica’ y su problemática (aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, pp. 267-306. DOI: <https://doi.org/10.30827/cpag.v7i0.1203>
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, R. (2019): “Tools or scraps? Antler working in two well-dated Copper Age contexts in the middle Guadalquivir basin (Southern Iberia)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Univ. de Granada*, 29, pp. 263-275. DOI: <https://doi.org/10.30827/cpag.v29i0.9777>
- MARTINS, A.; NEVES, C.; ARNAUD, J. M. y DINIZ, M. (2020): “Os motivos zoomórficos representados nas placas de tear de Vila Nova de São Pedro (Azambuja, Portugal)”. En ARNAUD, J. M.; NEVES, C. y MARTINS, A. (coords.): *Arqueologia em Portugal 2020-Estado da Questão*. Lisboa: Associação dos Arqueólogos Portugueses, pp. 551-570.
- MATEO, M. A. y CARREÑO, A. (2001): “El arte rupestre de la Tinada del Ciervo (Nerpio, Albacete). Revisión del conjunto”, *Archivo de Prehistoria Levantina*, xxiv, pp. 97-118.
- MEDEROS, A. (2020): “De vuelta al Mediterráneo. Los contactos e intercambios del sur de la Península Ibérica durante el Campaniforme y el Argar con el Egeo y Levante (2500-1600 ac)”, *Estudios Arqueológicos de Oeiras*, 27, pp. 259-342.
- MORGADO, A.; GARCÍA-ALFONSO, E.; GARCÍA DEL MORAL, L.; BENAVIDES, J.; RODRÍGUEZ-TOVAR, F. y ESQUIVEL, J. (2018): “Embarcaciones prehistóricas y representaciones rupestres. Nuevos datos del abrigo de Laja Alta (Jimena de la Frontera, Cádiz)”, *Complutum*, 29(2), pp. 239-265. DOI: <https://doi.org/10.5209/CMPL.62580>
- PEREIRA, M. A. H. y BUBNER, T. (1974-77): “Novos materiais de Palmela”, *O Arqueólogo Português*, sér. III, vol. VII-IX, pp. 113-118.
- RAPPENGLÜCK, M. A. (2014): “The cosmic deep blue: the significance of the celestial water world sphere across cultures”, *Mediterranean Archaeology and Archaeometry*, 14.3, pp. 293-305.
- ROMÁN, J. M. y CONLIN, E. (2002): “Nuevas aportaciones al poblado calcolítico de Carmona (Sevilla): Excavaciones en la calle Calatrava n.º 4”. En *Anuario Arqueológico de Andalucía/2002. III. Actividades de Urgencia*, 2. Sevilla, pp. 326-343.
- ROMÁN, J. M. y VÁZQUEZ, J. (2002): “Intervención arqueológica de urgencia en el solar n.º 2 de la Calle Calatrava de Carmona (Sevilla)”. En *Anuario Arqueológico de Andalucía/2002. III. Actividades de Urgencia*, 2. Sevilla, pp. 344-362.
- SANGMEISTER, E. y SCHUBART, H. (1981): *Zambujal. Die Grabungen 1964 bis 1973*. Madrider Beiträge, 5(1). Mainz am Rhein: Philipp von Zabern.
- SARDÁ, D. (2013): “Estructuras negativas multifuncionales en Avenida de Andalucía n.º 9, Valencina de la Concepción (Sevilla)”. En GARCÍA SANJUÁN, L.; VARGAS, J. M.; HURTADO, V.; CRUZ-AUÑÓN, R. y RUIZ MORENO, T. (coords.): *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): Investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento de La Pastora*. Sevilla: Univ. de Sevilla, pp. 151-156.
- SCHNEIDER, E. D. y SAGAN, D. (2005): *Into the cool. Energy flow, thermodynamics and life*. Chicago-London: University of Chicago Press.
- SCHUHMACHER, Th. X. (2016): *Elfenbeinstudien Faszikel 3: Elefanten und Elfenbein auf der Iberischen Halbinsel und in Nordwestafrika. Interdisziplinäre Studien zu Austauschsystemen im 3. Und der ersten Hälfte des 2. Jts. V. Chr.* Iberia Archaeologica, 16-3. Berlin: Wasmuth.
- SILVA, A. M.; GARCIA, M.; LEANDRO, I.; SHAW, L.; RODRIGUES, T. y VALERA, A. C. (2017): “Mortuary practices in Perdígões (Reguengos de Monsaraz, Portugal): A bio-anthropological approach to Tomb 2”, *Menga*, 8, pp. 70-86.
- SOARES, J. (2003): *Os hipogeuos pré-históricos da Quinta do Anjo (Palmela) e as economias do simbólico*. Setúbal: Museu de Arqueologia e Etnografia do Distrito de Setúbal-Assembleia Distrital de Setúbal.
- SORIA, M. y LÓPEZ, M. G. (1999): “Los abrigos con arte rupestre levantino de las Sierras de Quesada y Segura (Jaén). Patrimonio de la Humanidad”, *Revista de Arqueología*, 221, pp. 6-14.
- VALERA, A. C. (2015a): “‘Idolos’ falange, cervídeos e equídeos. Dados e problemas a partir dos Perdígões”, *Apontamentos de Arqueologia e Património*, 10, pp. 7-20.
- VALERA, A. C. (2015b): “The diversity of ideotechnic objects at Perdígões enclosure: a first inventory of items and problems”, *ARPI*, 3 (Extra), pp. 238-256.
- VALERA, A. C. (2017): “The ‘exogenous’ at Perdígões. Approaching interaction in the late 4th and 3rd millennium BC in Southwest Iberia”. En BARTEHEIM, M.; BUENO, P. y KUNST, M. (coords.): *Key resources and sociocultural developments in the Iberian*

Chalcolithic. Tübingen: Tübingen Library Publishing, pp. 201-224.

VALERA, A. C. y WOOD, R. (2020): “Cronologia absoluta do sepulcro 4 e sua relação com outros contextos do 3.º milénio AC nos Perdígões”. En VALERA, A. C. (ed.): *O sepulcro 4 dos Perdígões. Um tholos da segunda*

metade do 3.º milénio AC. Perdígões Monográfica, 2. Lisboa: Nucleo de Investigação Arqueologica-ERA Arqueologia SA, pp. 37-44.

VERA, J. C. (2014): “La Cueva de los Cuarenta (Priego de Córdoba). Avance a los resultados de la intervención arqueológica de 2007”, *Antiquitas*, 26, pp. 71-133.